

Palabras al viento

[y otros cuentos]

© Ángel Galeano H.
© Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura
ISBN 33-5363-9

Primera edición: Octubre de 2003

Diseño de cubierta: Lina Parra Trujillo
Diagramación: Taller de Edición
Impresión y terminación: Litotipo Ltda.

GALEANO H., ÁNGEL

Palabras al viento y otros cuentos / Ángel Galeano H.
1 ed. Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura, 2003.

134 p. ; 21 cm.

Primer puesto. VI Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

1. CUENTOS POPULARES COLOMBIANOS. Título.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Cámara
de Comercio de Medellín para Antioquia.



*“Quería que vieses
una cosa en aquella mujer,
quería que vieses
lo que es la verdadera bravura,
en vez de hacerte a la idea de que
la bravura la encarna
un hombre con un arma en la mano”.*

HARPER LEE

Índice

	PÁGINA
<i>Cambio de renglón</i>	11
<i>La Mascotera</i>	17
<i>La dignidad afanada</i>	23
<i>Del miedo que se va, al susto que se acerca</i>	35
<i>El negro</i>	43
<i>El otro viaje</i>	49
<i>La triunfadora</i>	59
<i>Las hojas de Noelia</i>	67
<i>Morir más</i>	77
<i>Soledad de ayer, hoy</i>	81
<i>Palabras al viento</i>	87
<i>Paranoia en la Avenida Guayabal</i>	93
<i>El duermevela luminoso</i>	103
<i>Hay un solitario en mi escritorio</i>	109
<i>Conversación con un retrato</i>	113
<i>Ella va</i>	123
<i>El viejo</i>	129

CAMBIO DE RENGLÓN



Cambio de renglón

EL TREN METROPOLITANO SE DESLIZABA COMO LA MANTEQUILLA en la sartén caliente. Yolanda había adquirido la costumbre de agregarle a aquel viaje, otro: el de la lectura. Aprovechando la vía sin altibajos se sentaba, sacaba su libro del bolso y se instalaba como si estuviese en la sala de su apartamento.

Cierto día, por la mañana, un brinquito imperceptible, como un hipo del vagón, hizo que los ojos de Yolanda saltaran dos palabras adelante en el renglón que leía. Atribuyó la pequeña variación a un parpadeo involuntario y devolvió la mirada para enlazar las palabras salteadas, continuando con la lectura como si nada hubiera sucedido.

Las idas y venidas siguieron, pero ya no fueron los saltitos en el mismo renglón sino el cambio evidente de línea, lo que generó una especie de bucle en el hilo de aquella historia —que era la de un hombre que miraba mucho—, obligando a Yolanda a desandar el relato. El casi imperceptible brinquito le empujó la lectura dos renglones más abajo, donde el hombre que miraba mucho se hallaba estremecido por algo que había visto, no podía dormir y pasaba las noches enteras sumido en recurrentes visiones. El sutil movimiento del metro hizo que la mirada de Yolanda se desplazara varios renglones arriba, donde el hombre que observaba mucho aún no había entrado en el desasosiego y todavía dormía, aunque con los ojos abiertos.

La lectura sufría tales vaivenes que Yolanda empezó a sospechar que algo extraño sucedía, pero la conjetura le duraba sólo unos segundos porque luego retomaba el texto

olvidándose del pequeño incidente. Descubrió que el pequeño salto sucedía en el mismo lugar. Suspendió la lectura en el retorno para prestar toda su atención al instante en que el tren empezara a trepar el puente sobre el río. Desde allí se podía ver el Parque Norte con sus juegos mecánicos y el lago donde la gente iba a remar los domingos, se podía disfrutar la vista de la ciudad universitaria con sus campos deportivos y los edificios de las facultades y el teatro. A Yolanda le gustaba la fuente de la plaza central con su fiesta de agua cristalina aureolada por un pequeño arco iris. La película pasó pero sin que ella la disfrutara ese día porque su atención estaba puesta en el brinquito del vagón, atenta a cualquier alteración que le permitiera conocer la causa que afectaba sus lecturas. Pero no percibió nada extraño. Cosas de la vida, se dijo, re-criminándose si no sería que estaba imaginando tonterías.

Estaba a punto de olvidarse del asunto cuando, durante el viaje de regreso, el hombre que miraba mucho parecía a punto de enloquecer de tanto ver y en uno de esos recorridos que hacía con sus incansables pupilas resultó fijando su vista en ella, en Yolanda, que se leyó mirada por unos ojos color café, enigmáticos y a la vez curiosos. El tren metropolitano había sufrido de nuevo aquel sobresalto, desapercibido para los demás. Yolanda observó que sólo podía experimentarlo si iba leyendo. Así, a la mañana siguiente, pudo comprobar que cuando el metro iba en la mitad del puente sucedía el altibajo. Faltaba averiguar qué lo causaba.

Podría ser algo en los rieles, pensaba Yolanda. Pero ¿cómo comprobarlo? Tendría que ir a pie hasta el puente y eso no se lo permitirían. Lo más cuerdo sería informar al encargado del mantenimiento del metro. Sí, eso haría al día siguiente. Poco antes de abordar el metro se presentaría ante uno de los guardias, pediría que le permitieran hablar con el jefe de mantenimiento o por lo menos con alguno de los técnicos o de los empleados encargados de la

seguridad de la vía y le contaría lo que estaba sucediendo, le diría que sus lecturas estaban sufriendo alteraciones por algo que había en la carrilera. No importaba si al principio no le creían, ella insistiría. ¿Acaso estaba inventando? Más tranquila por la decisión tomada, esa noche se acostó y soñó que el hombre que miraba mucho continuaba observándola como si quisiera decirle algo. A donde ella iba aquella mirada la seguía y cuando esos ojos entre enigmáticos y curiosos le hicieron un guiño, Yolanda despertó sobresaltada.

Era más tarde que de costumbre. Se duchó lo más rápido que pudo, pasó la peinilla por su cabello dos o tres veces nada más pero no alcanzó a maquillarse ni a desayunar, tomó su bolso a la carrera y bajó las escaleras de afán. Al regreso conversaría con los empleados del tren. A pesar de su esfuerzo no alcanzó a tomar el metro de las 6 y 15, el que acostumbraba todas las mañanas. Eso significaba que corría el riesgo de llegar tarde al trabajo, pues el próximo tren demoraría cinco minutos en pasar.

Contaba con cinco minutos, pero pensó que no le alcanzarían para conversar con el jefe de mantenimiento, así que de manera instintiva sacó el libro del bolso, se sentó en una de las butacas y se puso a leer. Se sumergió de tal manera en el relato que no se percató de que hacía rato habían transcurrido los cinco minutos y el tren no llegaba. Sólo cuando terminó el capítulo final levantó sus ojos del libro y se asombró al ver tanta gente silenciosa y compungida en la estación. Quiso saber qué pasaba, por qué el retraso. Preguntó a unos y a otros, pero todos la miraban como sonámbulos. Al fin, uno de los guardias le informó que el tren se había descarrilado en el puente. Yolanda sintió que la abandonaban todos los parpadeos y que la garganta se le taponaba. El libro se le cayó de las manos y sin poder evitarlo se quedó lela mirando al vigilante quien, a su vez, la observaba con sus ojos café, enigmáticos y a la vez curiosos.

LA MASCOTERA



La Mascotera

PASTORA SE ESPECIALIZÓ, SIN PROPONÉRSELO, EN CUIDAR LAS mascotas de Altamira. Perros, sobre todo, aunque al comienzo se hizo cargo dos días a la semana de *Minina*, la gata de Dorotea.

—Ahí va La Mascotera, —decían los niños cuando Pastora pasaba llevando en sus manos las cadenas de uno, dos y a veces hasta siete perros.

Todo comenzó el día en que Pastora, conmovida por el mal trato que una vecina le infligía a un bóxer, se ofreció para sacarlo a pasear por el amplio jardín y la arboleda. El pobre animal sufría la falta de afecto, la comida tirada en el piso de cualquier manera y un rincón sin calor donde dormía de noche en el balcón. Cuando esa pintorreteada vecina se iba a su oficina, dejaba al perrito afuera, en el balcón vacío y a puerta cerrada. Pastora se conmovió tanto que convenció a su despiadada vecina de que le permitiera sacarlo a pasear un ratito todos los días.

Así comenzó su carrera de “mascotera”, hasta llegar al punto de hacerse cargo de casi todas las mascotas de Altamira. Perros y gatos, dos loros, tres pericos, un cochinitillo y un conejo. Perros eran los más, casi ochenta. Gatos, trece. Así Pastora repartía sus días para sacarlos a pasear y le pagaban por ello. Sin embargo, no era el dinero lo que la motivaba, sino ver a los animales menos estresados.

Los lunes, muy temprano en la mañana, se hacía cargo de los perros de los edificios cercanos a la iglesia. Poco antes del mediodía enfilaba a los perros de los edificios colindantes con el Hospital Pablo Tobón Uribe. A primera hora de la tarde paseaba al cochinitillo y al conejo y a dos

perritos mansos. A eso de las cuatro sacaba los perros de los edificios que bordean la plazoleta. Y antes del anocheecer se ocupaba de los edificios que dan frente al Colegio Santa Bertilla. Al caer la noche les cambiaba la comida y les ponía agua a los gatitos y luego sacaba a pasear a los perros que faltaban de los edificios circundantes a la antena parabólica. Así, todos los días. Los martes y jueves atendía a los pericos. A las diez de la noche terminaba fundida.

Hasta cuando un día lluvioso de mayo, Pastora enfermó de una fuerte gripa que la tiró a la cama. Se agravó tanto que a las dos semanas murió. Cuentan que durante el tiempo que estuvo enferma las mascotas de Altamira permanecían en silencio y echadas en los balcones.

La noticia de su muerte corrió por el barrio con rapidez. El ambiente se llenó de tristeza y preocupación. Su velorio fue algo conmovedor. La Junta del barrio aprobó hacer las exequias en el salón social y las viejas rezanderas que salían con frecuencia al amanecer con camándula en mano, fueron las primeras en acudir a hacerle compañía. Las cosas iban normales, los vecinos acudían a darle compañía a Pastora que parecía descansar un rato en el ataúd con sus manos cruzadas sobre el pecho. Hasta cuando a Dorotea se le ocurrió llevar al salón a *Minina*, para que le diera el último adiós a quien la supo mimar. “Si ésta trae su gata, ¿por qué yo no puedo traer a *Bush?*”, se dijo Cruzestela, una de las vecinas presentes, y corrió por su mastín al que debía ponerle bozal. Otro tanto hizo Leonardina, la dueña de *Garabato*, y lo mismo procedió el joven estudiante Juan Roque, con su perrita *Pisteadora*, y don Joaco con *Eurípides*, uno de los loros.

Pronto el salón fue una multitud, hombres y mujeres, jóvenes y viejos por igual, con sus mascotas. Los guardias ordenaron hacer fila y tanto los amos como las mascotas pasaban frente a Pastora para darle su último adiós.

—Pastorita, aquí está *Garabato* que vino a decirte adiós —rezaba Leonardina—. La siguieron todos. Cada uno le

vantaba la mascota a la altura del ataúd, perro pequeño o grande, cochinito o perico, gato o conejo, y le decían a Pastora: aquí está tu amigo, vino a despedirte.

Así el velorio adquirió un aire de extraño dramatismo. Los que ya habían pasado, volvieron a meterse en la fila porque habían olvidado decirle algo o sencillamente para que la mascota volviera a mirar a quien la había cuidado tantos días. Las mascotas aullaban, parloteaban o maullaban. La fila se hizo interminable. Muchos vecinos iban a sus apartamentos a comer y volvían. Otros decidieron traer frente al salón social los comederos de sus mascotas, porque ellas no querían separarse de la difunta.

Cuando llegó la hora del entierro, el ambiente se hizo trémulo. Los perros presintieron la partida de Pastora y aumentaron sus aullidos lastimeros. Los gatos, más independientes, se echaron sobre el atrio de la iglesia y *Minina* se subió al púlpito. Los loros no hicieron otra cosa que llamar a Pastora, —“no te vayas Pastora, no te vayas Pastora...””.

El desfile fue motivo de la consabida morbosidad de la televisión y la gran prensa. Los programas de vallenatos intercalaron notas y en los buses de Medellín se escuchó la noticia de aquel raro entierro. Muchos choferes, acostumbrados a cambiar las rutas cuando les daba la gana, decidieron torcer el timón hacia donde decían que iba el desfile. Ahora era la policía la que tenía que imponer el orden. Muchas personas llevaron sus mascotas y el desfile que hacían en los grandes clubes caninos y los programas de caminatas por la autopista que organizaba la alcaldía para mantener ocupada la atención de los ciudadanos, se quedaron pequeños al lado de este desfile sin precedentes en la historia de la ciudad. Los funcionarios dedicados a la protección de la fauna no se explicaban de dónde salían tantos animales pues creían que tenían todo bajo control.

A las tres y treinta en punto fue enterrada Pastora y a esa hora exactamente, las mascotas soltaron hacia el cielo

su largo lamento. Las miles de personas que acudieron terminaron llorando de ver la gratitud de aquellos animales que levantaban sus hocicos hacia el sol cubierto de nubes. Cuando echaron la última palada empezó a llover, pero ningún animal, racional e irracional, se movió.

Desde entonces, todos los días, a las tres y treinta de la tarde, los perros de Altamira aúllan largo rato. Los gatos maúllan y los loros llaman: “No te vayas Pastora, no te vayas...”.

LA DIGNIDAD AFANADA



La dignidad afamada

MI MADRE LE PIDIÓ QUE NO FUERA. LE GRITÓ QUE DEJARÁ DE SER chiflado. Pero mi padre estaba decidido y nada lo detuvo. Pocas veces lo vi más indignado. Ni siquiera llevó el revólver que mantenía guardado bajo llave en el armario de su alcoba y que se lo habían dado las monjas de El Aserrío para mayor seguridad en las noches de ronda. Yo creí, entonces, que haber dejado el arma era un grave error de su parte. Tan apremiado suponía yo que se hallaba.

Hasta sus compañeros de trabajo le dijeron que no se arriesgara así. Trataron de detenerlo, primero con palabras:

—Hombre, no vaya solo, antes avise a la policía, mire que son bandidos capaces de cualquier cosa...

—Debo ir —dijo mi padre, como si se dirigiera a alguien visible sólo para él. El tono de su voz no admitía ninguna duda. A pesar de la zozobante atmósfera establecida a su alrededor, mi padre se veía tranquilo, con esa tranquilidad inherente a la certeza, aunque levemente pálido. Nadie supo qué decir, desarmados todos por la aterradora frialdad con que mi padre asumía su papel. En ese momento lo admiré por su valor. Se me antojaba el héroe de una de aquellas películas de la segunda guerra mundial, tan en boga entonces, cuyo protagonista se lanzaba a la batalla a sabiendas que el enemigo, atrincherado en mejor posición estratégica, lo esperaba para liquidarlo.

Después, con el paso de los años, comprendí su desprecio por los riesgos y supe que el resorte principal que lo impulsó ese día no fue únicamente el valor, sino sobre todo la dignidad.

—Aunque sea solo, debo ir —agregó, rompiendo esa pausa silenciosa que pesaba sobre todos como una vergüenza, quizá enrostrándoles a sus compañeros su falta de solidaridad y su incomprensión, dos cosas para él sagradas.

Aún vestía su overol azul, salpicado de pintura de varios colores, y llevaba puesto su sombrero negro de fieltro, el de alas recortadas. Recuerdo que en el bolsillo del pecho asomaba la afilada punta de un lápiz.

Eran las cinco y treinta de la tarde. Puedo asegurarlo porque mi padre miró su reloj de cadena.

—Se hace tarde —dijo—, ya van a ser las seis.

Así solía decir siempre, cuando faltaba media hora. Van a ser las ocho, decía a las siete y media; o van a ser las dos, cuando el reloj marcaba la una y treinta. Por eso sé que eran las cinco y treinta de aquella tarde de agosto. Andrés y yo llevábamos poco más de dos horas elevando una cometa en la loma, frente a nuestra casa. A pesar de su decisión, mi padre no perdió la medida de las cosas y antes de partir nos miró.

—¿Y estos niños no tienen más que hacer sino elevar cometas? ¿Ya hicieron las tareas? —nos preguntó, con la misma voz de siempre, la que nos hacía estremecer porque, por lo general, nos sorprendía sin haber cumplido con nuestros deberes escolares. Como no supimos qué decir, nos ordenó:

—¡Vayan a hacerlas, rapidito!

Cualquier cosa esperábamos en aquellas circunstancias, menos que mantuviera su férrea vigilancia. Pensamos que, como ese día había sucedido aquella desgracia, olvidaría por esa sola vez sus cuidados para con nosotros. Pero estábamos muy equivocados.

Después supimos que lo del revólver no había sido ningún olvido, sino que correspondía a la línea de conducta circulante por sus venas. Prefería andar armado únicamente con sus propias capacidades.

El viento mecía los pinos de la casa vecina y las cometas multicolores dibujaban caóticas huellas en el aire. La falda de mi madre se englobaba con el viento y su cabello parecía querer volar como los papalotes. Los eucaliptus que se erguían alrededor de los chircales de los Valderrama, dejaban caer sus hojas que correteaban por el césped donde jugábamos al fútbol, hasta desbordar las líneas laterales yendo a caer al camino viejo de San Cristóbal, única vía de acceso que tenía nuestra barriada. El aroma sutil de aquellos árboles flotaba sobre nosotros, pero no lograba atraer nuestra atención en esos momentos. A ninguno nos inquietaba tampoco, que las dos vacas de Samuel Rico se estuviesen comiendo las margaritas y los crisantemos del antejardín de la señora Mercedes, ni que el arco iris cayera sobre las tejas de barro de la Casa Amarilla, esa casona de amplio balcón e innumerables puertas y ventanas pintadas de verde, en la cual vivía la señorita Elizabeth, una vieja gorda que se pintorreteaba exageradamente y que dirigía con uñas de hierro una escuela para niños desamparados, ubicada un poco más abajo de la mezcladora de cementos Diamante.

Al principio, todos concentramos la atención en mi hermana Cecilia. La mirábamos con curiosidad y hasta con admiración. La habían atracado dos malhechores de Las Brisas, precisamente cuando pasaba frente a la Casa Amarilla. Fue poco antes de que mi padre, como de costumbre, subiera del trabajo en compañía de don Rafael, el chofer de las monjas, y del señor Melo, hombre robusto compañero de trabajo de mi padre. Ninguno de los tres alcanzó a ver cuando mi hermana forcejeó con uno de los bandidos. Por eso caminaron a paso lento, como si nada hubiese sucedido, viendo tan sólo a los dos hijos del señor Melo que jugaban con un aro de caucho, extraído de una vieja llanta de automóvil.

—A toda hora están jugando —dijo el señor Melo con su voz atiplada. Don Rafael señaló que así eran todos los mu-

chachos de esa edad, jovencitos volantes que no piensan en otra cosa más que en el juego. A ellos nada les preocupa, agregó mi padre. Y detuvieron la marcha para encender un cigarrillo. Inclinaron sus cabezas sobre la mano de mi padre que sostenía el encendedor, protegiendo la llama para que el viento no la apagara. Era un rito cotidiano. Al llegar junto a la puerta de hierro de la mezcladora de cemento detenían el paso y uno de ellos ofrecía cigarrillos a los otros. Se turnaban. Ese día mi padre invitaba. Sacó el paquete de pielrojas del bolsillo del overol y ofreció. Cada uno extrajo un cigarrillo. Luego guardó la cajetilla y sacó el encendedor metálico. Chasqueó tres veces la rueda dentada que raspaba la piedra de fósforo, arrancándole chispas que no alcanzaron a encender la mecha empapada de gasolina porque el viento lo impedía. Fue cuando los tres formaron una muralla con las manos para proteger el fuego. Un minuto antes mi hermana había forcejeado con los ladrones. Sostuvo la correa del bolso con todas sus fuerzas, hasta que uno de los bandidos la apercolló y la inmovilizaron y le robaron el bolso y el reloj de pulsera recién estrenado en su cumpleaños, comprado con sus primeros ahorros, y le arrebataron los pendientes que tenían una piedra de amatista incrustada. Más iracunda que asustada, mi hermana les arrojó una piedra del camino pero apenas si la lanzó unos pocos metros, cuando los bandidos ya se habían internado en su tenebroso barrio. Con los ojos anegados de impotencia, se dirigió a la casa y le contó lo sucedido a mi madre. La noticia se esparció veloz hasta nosotros. Le pedimos toda la pita a la cometa, la bajamos a tierra y corrimos a escuchar la historia. Mi hermana lloraba con rabia. Cada vez que llegaba un vecino tenía que repetir el relato, hasta que mi madre la suplantó, eso sí, resumiendo al máximo los detalles.

—¿Qué pasó, doña Carmelita? —le preguntaban y ella encogiéndose de hombros les respondía: que la atracaron los de Las Brisas.

Entonces los vecinos volteaban a mirar a mi hermana con suma curiosidad, como un bicho raro, porque nunca habían visto a una persona asaltada.

Hasta la chica vecina, la misma que poseía la virtud de acelerarme la respiración con su presencia, salió a averiguar lo acontecido. Tenía trenzas amarradas con cintas rojas que resaltaban con el oro de sus cabellos. Flotaban dos cielos azules en sus ojos y tenía unas piernas que me subyugaban como un paisaje. Cuando acarició el cabello de mi hermana para consolarla, pude ver sus dedos blancos y delicados, uno de ellos con un anillo de plata coronado por una piedra verde. Sus uñas pintadas de rojo siempre sacudieron algo de mí, muy adentro.

Al rato llegó mi padre. Todos nos hicimos a un lado y él se acercó hasta mi hermana en medio de una calle de honor.

—Vamos adentro —dijo y tomó del brazo a mi hermana que se dejó llevar sumisamente. Entre sollozos, las palabras dieron forma al hecho. Mi padre apretaba los dientes con severidad.

—¡Cierre esa puerta! —gritó de pronto, largando en esa orden que mi hermana Lilia corrió a cumplir, algo de la indignación que lo corroía. Los vecinos curiosos desaparecieron detrás de la puerta pero no dieron muestras de haberse marchado, a juzgar por las sombras que se colaban por la rendija.

Nunca habían atracado a nadie en “Pozo de Chulo”, como le decíamos los chicos al barrio. Nuestro padres odiaban ese nombre y hasta nos prohibieron pronunciarlo en su presencia.

—Es un nombre asqueroso —dijo cierta vez mi padre. Y tenía razón, pero no existía otro nombre para nuestra barriada. A veces decíamos “El Camino Viejo de San Cristóbal”, pero aquel no era nombre para un barrio. Además no nos gustaba eso de “camino viejo”. Sonaba a cosa gastada. En cambio, por esas ironías de la vida, los bandidos vivían en un barrio con mejor nombre que el nuestro:

“Las Brisas”. Andrés y yo y todos mis hermanos y la barra de chicos con que la pasábamos, identificábamos la palabra “brisas” como guarida. Ha sido el tiempo el que nos ha reconciliado con ella, y también la profesora Lili que nos enseñó “Las brisas del Pamplonita”, un bambuco que cantábamos en la Escuela Marco Fidel Suárez, en el mes de mayo cuando celebrábamos la fiesta de la madre.

Nuestros padres nos llevaban, de vez en vez, al mercado de la Plaza España y regresábamos en carro y mi padre, o mi hermano Arturo, el mayor, con su voz gruesa y segura ordenaban al chofer: “Llévenos al Camino Viejo de San Cristóbal” y para mi asombro veía que el conductor sabía dónde quedaba. Siempre me intrigó esa memoria de los conductores de antes. Conocían todo. A donde ellos se negaban a ir, era porque ese lugar no existía. Por eso, nos sentíamos reconocidos, existentes, reales habitantes de Bogotá, cuando el conductor respondía:

—Ah, sí, más allá del Hospital La Hortúa, ¿verdad?

Nos apresurábamos a decir que sí, que claro y el carro, por lo general un viejo dodge o un jeep willys de carrocería remendada, carraspeaba no sólo en el arranque, sino durante todo el trayecto, pero el chofer nos llevaba hasta la puerta de la casa, aunque algunas veces protestaba cuando llegábamos al enorme eucalipto, frente a la Casa Amarilla, porque la calle serpenteaba en el ascenso y no estaba pavimentada.

Si mi padre o Arturo hubiesen dicho llévenos al “Pozo del chulo”, lo más seguro habría sido que los choferes se negasen. “El Pozo del chulo” sólo existía para nosotros, los chicos del barrio, y para nadie más.

—No llore, no sea pendeja —le dijo mi padre a mi hermana, cuando ésta terminó el relato—. Y levante la cabeza, carajo... Dígale a su mamá que ahora regreso.

Mi madre había ido a la cocina por un pocillo de agua de toronjil para calmarle los nervios a mi hermana. Mi padre abrió la puerta, pero fue como si no la hubiese abier-

to porque todos los vecinos se arremolinaban al pie, tapando la salida. Los compañeros de trabajo de mi padre le preguntaron detalles.

—Ya no nos respetan, tenemos que defendernos —y se abrió camino, haciéndolos a un lado.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó don Rafael. Todos guardaron silencio para escuchar la respuesta. Un perro de la casa de madera que había al pie de la loma, les ladró a las cometas. A lo lejos, los perros del chircal contestaron como un eco. Sobre las tejas de barro de la tapia pisada de El Aserrío detuvo su vuelo un copetón y despidió la tarde con su canto. Aurelio Garzón, el zapatero del barrio, también llegó para enterarse de lo sucedido, lo mismo Luis Chalarca, un hombre cojo y calvo que reparaba radios en el único taller de la barriada.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó de nuevo el señor Melo y en el tono de su voz cantó un gallo.

—Ir por los ladrones, que es lo que debe hacer todo hombre honrado —respondió mi padre con voz fuerte, para que todos lo oyésemos.

—¡O todo chiflado! —gritó mi madre, que salió con el pocillo humeante de agua aromática en la mano. Todas las miradas voltearon hacia ella. El encanto solemne producido por la expectativa se rompió. Bruscamente mi madre puso las cosas sobre la tierra. La mirada de mi padre no era de contrariedad, sino de perplejidad. Mi hermana fue la primera en reaccionar.

—¿Chiflado, mamá? ¿Por qué?

—¿Le parece cuerdo que su papá se vaya a meter por allá, en esa ratonera? Eso sólo lo hace un chiflado. O si no, dígame, ¿para dónde va? —Hubo un silencio más callado aún—. Ni que nos hubieran dejado en calle.

Mi hermana rompió a llorar de nuevo y al verla mi padre dudó por un instante.

—Entonces, ¿nos dejamos joder?... No hija, yo no sirvo para eso —y dio la espalda, dispuesto a marcharse.

—¡Córrale, loco, hágase matar! ¡Eso es lo que quiere? No va a recuperar nada y eso lo sabe muy bien. ¿Tiene idea de cuáles son los bandidos y dónde están exactamente? No, eso así es pura bobada suya, de verdadero chiflado. Una de dos, o los ladrones se van a burlar desde sus escondites, o le van a clavar una puñalada por la espalda... No se sabe qué cosa sería peor.

Mi padre se detuvo un momento, pero luego, cuando mi madre calló, avanzó y todos lo seguimos unos cuantos pasos.

—Con chillar nada se arregla —le dijo mi madre a mi hermana, al mismo tiempo que la tomaba de la mano para entrar en la casa—. Lo que ha de hacer es tomarse esta agüita... —y cerró la puerta tras de sí.

Entreverados con los vecinos, vimos cómo nuestro padre se alejaba. Nadie movió un dedo, sólo Andrés y yo que, impulsados por una especie de pavor diferente, lo seguimos. Ni Arturo ni Elías se hallaban presentes. El mayor aún no había llegado de su estudio en la Universidad Nacional y Elías sólo terminaba su jornada de trabajo en las Droguerías Nueva York a las seis. Las palabras de nuestra madre resonaban en nuestros oídos como un epitafio. Nos armamos con piedras, pero con la ingenuidad de escogerlas de gran tamaño, creyendo que esas eran las más efectivas.

Al pasar frente a la casa de madera mi padre vio que lo seguíamos y su disgusto sonó como una terrible orden de que regresáramos. Nos detuvimos callados. Repitió la orden. Quince metros nos separaban de él y cuando hizo ademán de quitarse el cinturón de cuero para castigarnos, dimos media vuelta. Luego retomó su camino y le vimos internarse en la boca del lobo.

El ardor de un fuerte pellizco en mi brazo me indicó que mi madre quería que entráramos en la casa. Durante la discusión con mi padre y la lloradera de mi hermana, nuestra madre había entrado en la casa dejándonos por

fuera. Todo me dolía: el rechazo de mi padre, la afrenta de los ladrones y ahora ese pellizco de mi madre, quien no me soltó sino hasta cuando ya estábamos en el interior de la casa. Lilia y los tres hermanos pequeños miraban sin comprender qué pasaba.

Mi hermana ya se había calmado y estaba sentada en una de aquellas largas butacas de madera del comedor, tomando el agua de toronjil. Tenía un saco de lana sobre los hombros y con un pañuelo de tela se limpiaba ruidosamente la nariz.

Como dos derrotados, Andrés y yo nos sentamos en el borde del corredor. El patio se nos hizo inmenso y las paredes infinitamente altas. Andrés tiraba a los pies de Lilia piedrecillas de una materia que había sembrada con una aralia japonesa a un lado de la alcoba de nuestros padres, hasta que Lilia protestó. Yo, mientras tanto, me dejé llevar flotando en un mar de pensamientos...

Imaginé a mi padre subiendo por una de aquellas calles empedradas y grises, hundiéndose solitario en el riesgo. Quizás mordiendo su propia incertidumbre y apretando los puños para sentirse acompañado. Mi padre tenía fuertes bíceps y los músculos de sus brazos eran fibrosos como correas de acero. No era nada cobarde y esa certeza me agitó al alma. Un hombre valiente nos duele mucho más en el borde del abismo que uno cobarde. Yo veía las paredes del patio inmensurablemente altas e inaccesibles. La puerta que daba a la calle tenía puesta la gruesa tranca de madera eterna, reforzada con el doble pasador de la cerradura. Mi madre no jugaba, ni por imaginación... Salir de allí era imposible.

Mientras tanto imaginábamos a nuestro padre enfrenándose solo a una gavilla de bandidos y esa incertidumbre nos pesó tanto que nos pusimos a llorar.

**DEL MIEDO QUE SE VA,
AL SUSTO QUE SE ACERCA**



Del miedo que se va, al susto que se acerca

DE REPENTE, HÉCTOR TANGARIFE VIO CÓMO LAS FÓRMULAS Y ecuaciones con las cuales el profesor había llenado el tablero, empezaron a bailar. Se restregó los ojos y volvió a prestar atención, pero aquellos símbolos chapaleaban en un torrente que desbordaba el marco del pizarrón e inundaba las paredes, mezclándose con los *graffiti* chapuceados con aerosol de colores chillones. Tal derroche le causaba vértigo y dispersaba su esfuerzo, como si el conocimiento acumulado por la humanidad estuviera allí, envilecido, confabulándose en la febril agitación. Era el único estudiante en la clase.

Cuando todo a su alrededor giraba en un desbocado torbellino, recogió los libros y se puso de pie. El profesor se desconcertó y quedó como una estatua con la tiza en el aire. En medio de su indisposición, el muchacho recordó la primera vez que salió de su pueblo en un bus de madera por la carretera entorchada de curvas y abismos, rumbo a Medellín, a presentar su examen de admisión en la universidad. Ahora necesitaba otro aire, de ese que acariciaba las mejillas y lo despeinaba a uno, no aquella atmósfera olorosa a rutina vieja. Aire y sol, sí, mucho sol, eso era lo que quería. Aún no había caminado ni diez metros por el oscuro corredor cuando vio venir al mismo hombre que lo había amenazado el día anterior, luego del tropel en la asamblea, cuando los encapuchados irrumpieron y obligaron a aprobar el paro. Lo reconoció por ese caminar con los pies hacia adentro, como entre paréntesis.

—¡Parcero! —gritó el agitador—, ¡usted no hace caso, ¿no?!

Héctor Tangarife sintió la boca reseca, como si la tuviese repleta de papel de lija. Apretó con fuerza los libros sobre su pecho, como si le fuesen a servir de escudo. El hombre se acercaba. Era de baja estatura y sus pasos eran cortos y rápidos. En ese instante un grupo de estudiantes salió de un salón y Héctor pudo mezclarse con ellos. La zozobra adquirió otra dimensión que le trajo a la memoria la tarde en que por poco se ahoga en el Penderisco. La sensación de impotencia fue dolorosa. Tenía que salvarse, huir, zafarse al perseguidor. En la plazoleta un helicóptero militar rondaba el cielo de la universidad.

El espacio se le antojó más ancho que de costumbre, una auténtica plaza, no como la de su pueblo, pequeña, empinada y polvorienta. Al dispersarse el grupo en que iba se sintió indefenso. Vio que entraban y salían varios estudiantes del edificio situado al otro lado de la fuente y hacia allí se dirigió a toda prisa. Era el Museo Universitario. Entró en la sala de la izquierda donde tenía lugar una exposición de pintura iconoclasta. Varias colegialas escuchaban con atención las palabras de la guía del museo y luego se marcharon.

El joven se ocultó detrás de una columna simulando observar las pinturas pero sin dejar de atisbar hacia la puerta. Aquel arte religioso no entraba en su gusto y el recuerdo de vírgenes y santos le caía como una piedra en los pasajes de su infancia. No sólo en su hogar lo obligaron a rezar, sino que en el colegio, cada viernes, los llevaban a misa cantada y era tanta la rezadera al comienzo y al final de las clases, que antes de culminar su bachillerato ya era un avezado y reconocido incrédulo.

Y ahora, helo allí, refugiado en una extraña exposición de pintura. El ruido del helicóptero se filtraba en la sala como el zumbido de un moscardón. Su vista iba y venía de la puerta del museo a las pinturas. Así recogió, a tramos, un San Jorge delicado, de trazos finos que jineteaba un caballo blanco y hundía su lanza en la boca abierta del

dragón rojo. Le llamó la atención que tuviese los pies pequeños. Enseguida, una Virgen negra con nombre en griego, entró por sus ojos rompiendo el viejo dogma de las santas blancas. Tenía ojos grandes y azules y sostenía un Niño Jesús negrito que se rascaba la nariz. La aureola argentina desbordaba el marco del cuadro.

Al pasar a la pintura siguiente perdía de vista la puerta del museo y no sabía si eso era una ventaja. Pensó en su situación. ¿Qué culpa tenía él, si había llegado temprano y para aprovechar el tiempo se había sentado en aquel pupitre a leer y el profesor entró, sin mirarlo, y se puso a llenar el tablero con fórmulas? Dio un paso atrás para comprobar que su perseguidor no había entrado y luego tornó a la exposición. Otra Virgen, con sombrero de Aguadas, le sonrió como una mujer dichosa de vivir. Se acordó de Claudia, la compañera de Historia del Arte: ojos como de mar tumultuoso. El Niño también sonreía mientras le arrancaba plumas a la cola de la paloma que su madre sostenía en la otra mano. "Pobre animal", se dolió Héctor. Una rústica paila de barequear hacía las veces de aureola y rompía el marco. Para el artista, aquella era la Virgen de La Candelaria.

Poco a poco, el joven se sumergió en la exposición y ya no volteó a mirar hacia la puerta del museo con la misma frecuencia. Así, desfiló un San Lorenzo desnudo. Un fuego rojizo erizaba sus llamas hasta alcanzar al santo. "Se va a chamuscar el pipí", pensó el muchacho y arrugó la frente. Varios colibríes flotaban eternizados en la punta de las llamas. Aquel San Lorenzo tenía un cuerpo atlético, no como el del libro de Historia Sagrada donde aparecía flacuchento y amanerado. Se veía que era muy trabajador, a juzgar por la rueda de molino que servía de aureola y que también se salía del límite. Le habían amarrado las manos y, sin embargo, la sensación no era de encadenamiento sino de liberación, como si se las estuviese soltando.

Olvidado por completo del peligro, Héctor pasó a otro santo sin ropas, que se mostraba sin aspavientos ni tapu-

jos. Según la ficha era un San Sebastián, con flechas plateadas en la mano, parado sobre una nube hueca y con el anuncio de una inmensa gota de sol pendiente del marco.

Relajado, aflojó la presión sobre los libros y los cambió de mano porque ésta ya la tenía acalambrada.

Antes de salir echó un vistazo a Nuestra Señora de Chiquinquirá: sombrero blanco de lona y carriel verde. Las alpargatas, en los pies algo hinchados, eran de cabuya. Sus manos campesinas sostenían un librito de acertijos y en los labios un tabaco negro. En el momento de abandonar el museo (el vigilante le había dicho que ya iba a cerrar), alcanzó a ver la maqueta de un cosmos colgada en el tercer piso: “mañana vuelvo”, pensó.

Fue el último en salir. La puerta de vidrio se cerró a sus espaldas. Respiró a profundidad queriendo devorar todo el aire de la plaza, ahora no tan dilatada. Oyó sus propios pasos firmes. El moscardón ya no manchaba el silencio y la fuente continuaba su fiesta cristalina. Cuando se dirigía hacia la cafetería de Artes, sintió un violento jalón por la espalda.

—Entonces qué, parceró, ¿creyó que me había ido?

Instintivamente, Héctor Tangarife se zafó de un tirón y echó a correr hacia la cafetería, a esa hora colmada de estudiantes. Jadeando, se sentó en el único puesto disponible que encontró, junto a una joven concentrada con sus compañeros en un boceto extendido sobre la mesa. La noche caía sobre la plazoleta y las luces de las lámparas empezaban a chorrear todo su fulgor. De pronto la chica volteó y se sorprendió al descubrir a Héctor sentado allí.

—¿Tú?, ¿qué te pasa? —le preguntó la joven.

Los demás voltearon a mirarlo pero él sólo atinó a apuntar con el dedo hacia el hombre que se acercaba.

—¡Ah, ese tipo otra vez! —exclamó la muchacha y sacó de su bolso un pito.

Era Claudia. Su voz lo reconfortó pero aquellos ojos tumultuosos le produjeron, como el primer día, otra clase

de susto, delicioso. La chica empezó a soplar el pito cuando el agitador puso el pie en la cafetería. De inmediato todos los estudiantes sacaron también sus pitos. La alarma era ensordecedora. El agitador se aturulló y dio media vuelta echando a correr por la plaza, seguido por varios vigilantes que habían acudido. El perseguidor, ahora perseguido, con su trotecito entre paréntesis resbaló y cayó. Al intentar pararse trastrabilló y volvió a caer. Los estudiantes se pusieron de pie y dejaron de pitar porque aquel espectáculo les producía risa.

Cuando los vigilantes ayudaron al agitador a ponerse de pie y se lo llevaron, la chica, sonriente, invitó a Héctor Tangarife a tomar un tinto.

—Mejor un vaso de agua —dijo él.

—Aguarda aquí —respondió ella, y mientras iba al mostrador los demás estudiantes, bromeando alegres, ocuparon de nuevo sus puestos, lo invitaron a que se sentara y retomaron la conversación. Pero Héctor no comprendía nada de lo que hablaban, porque su atención estaba puesta en cómo superar el delicioso susto de verse en aquellos ojos tumultuosos que se acercaban.

EL NEGRO



El negro

EL NEGRO ESTÁ ALLÍ, TIRADO ENTRE LOS ÁRBOLES. NO MUERTO. Tirado. Recargado. El cuello en ángulo recto. Como si quisiera mirarse el pecho. Estirados los pies, sin tensión. Descansando. Los ojos cerrados. En el primer vistazo parecía dormido. Pero luego daba la impresión de tener la mirada perdida. Viajera. Una mano sobre el pecho. Desgonzada. La otra sobre las hojas secas del suelo. Los dedos hundidos, leves, como raíces.

Cuando lo vi, lo envidié. Por su despreocupación. Pero luego sentí compasión. Llegué a pensar que estaba allí por desconsuelo. Apartado. Pensándose a sí mismo. O que era un desplazado de Bojayá. Pero al mirarle el traje apareció en mi mente un recuerdo de jazz. De una banda de jazz. De un saxofonista. Lo digo por el traje y por el semblante de negro respetable, con pinceladas de plata en las sienes. Le calculé 60 años. No sé por qué. No tengo argumentos. Simplemente le vi 60 años. Ni un año más, ni un año menos. Nunca he ido a los barrios de los negros. No sé si haya barrios sólo para negros. Como en Norteamérica. O en Sudáfrica. A lo mejor me trabaja la carátula de un disco de Ellington o de Gillespie. O alguna novela de Faulkner. No tengo forma de asegurarlo. Podría ser también Toni Morrison... O todos ellos juntos. No lo sé. O el afiche de aquel baterista en la cafetería de Izmenia. Le gustan tanto los blues a ella. Algo tengo que me hermana con este negro que está tirado entre los árboles. Algo de negro. Es respetable. Sí, el negro tiene aire respetable. Allí, tirado entre los árboles y se ve tan digno. Quisiera hablarle. Oírlo. Su voz debe ser algo ronca. Gangosa. Lenta. Sosegada. Reve-

ladora como la de todos los viejos. Los viejos negros. Pero ¿cómo vino a parar aquí? Ya estaba cuando yo llegué. Eso le da derecho a guardar silencio. O a preguntar primero. Y yo, ¿cómo llegué aquí? ¿Por qué estoy aquí esperando al negro? Nadie más vino conmigo. De repente siento que siempre he estado aquí. Que no soy de otro lugar sino de aquí. Esperando a que el negro despierte. A que se mueva. A que dé alguna muestra de vida. De que respira. No es que parezca muerto. A mí no me lo parece. No. Pero qué alivio sería verlo moverse. O suspirar. Yo también suspiraría. Está vivo. Tiene que estar vivo. Si estuviera muerto se notaría en algo. En la atmósfera. En algo. En los mismos árboles. En él mismo. En mí. Sus dedos como raíces no son para un muerto. Creo verle la música en las yemas. Piano o saxofón. O trompeta. O batería... Algo mucho de tambor. Su semblante es de pura vida en reposo. Pienso en el alivio posterior a la danza. O en la paz de un sabio que espera. Es un negro inmenso. Total. La arboleda se vería desolada sin él. Es como si los árboles hubieran crecido para él. Para que se recargara en ellos. Debí llegar hace mucho tiempo. Lo digo porque parece integrado a la corteza. Pero también me sugiere que está recién recargado. O como si todavía estuviese acomodándose. A pesar de los siglos. Disfrutando las dificultades del acomodamiento. Como si se sintiese bien en la mera disposición de sentirse bien.

El negro sigue allí. Tirado entre los árboles. Espero alguna pista de él. Relacionada con él. Procedente de él. Que llegue a él. Que me remita a él. Acostado se ve más alto. Me hace pensar en casi dos metros de estatura. O más. Alto. Muy alto. Como si se hubiese tirado allí para no verse más alto que los demás. O para presentarse más bajo sin parecerlo. Entre los árboles, un árbol más. No me puedo cansar en esta espera. Ya no estoy al comienzo. Han pasado jornadas. Sigo aquí. Observando al negro. Aguardando. No aguardándolo, sino aguardando a que mueva un dedo. O un párpado. Creo que el mundo va a temblar cuan-

do el negro se mueva. Cuando despierte. Cuando parpadee. La tierra se sacudirá cuando el negro suspire. Será un suspiro salido de bien adentro. De los entresijos de su alma. En voz alta. Eso pienso. Eso espero. Aquí... Una hoja cae. Lenta. Muy lenta. Testimonio de los lametazos del viento en las copas. Cae lentamente. Como haciendo malabares en cuerdas invisibles. Trapecista que se regodea antes de caer en el pecho del negro. Cae. Cae... Sigue cayendo. Rebota. Como si se hubiera estrellado contra el nido de un pájaro. Rueda, pero alcanza a detenerse sobre el inmenso pecho del negro. Esa hoja delicada y silenciosa parece un grito que va a despertar abruptamente al negro. Pero se aquieta. Reposa en el reposo. Hace ver al negro más fuerte y más paciente. Pero también más tierno. Hoja tierna sobre su corazón. Un saludo susurrante. Entre sueños. Otra hoja cae. A un lado, cae. Sobre las otras hojas del suelo. Sobre el colchón amortiguante. El viento vuelve a lamer las alturas. Es la música que arrulla al negro. Otras hojas caen. Revolotean en la caída libre. Libres. Lentas. Muy lentas, perezosas de caer. En el silencio rumoroso el viento aumenta la sensación de sosiego. Es un silencio que parece gritar. Como si fuera a despertar al negro. Una de las hojas va directa a su rostro. La veo caer escondiéndose entre las demás. Debo detenerla. Sí, debo evitar que golpee al negro en el rostro. Interrumpiría bruscamente su reflexión ensimismada... Pero no puedo moverme. Ni extender mis brazos. Si los muevo caerán más hojas y nidos con polluelos... Y el negro despertaría sobresaltado. Y podría morir. Y no tengo ningún derecho. Tampoco puedo caminar. Mis pies han echado raíces. Y la hoja cae... Sigue cayendo...

EL OTRO VIAJE



El otro viaje

LA CONVERSACIÓN CORRÍA, LAS PALABRAS SALÍAN HACIA ADELANTE, hacia la sabana, pero chocaban contra el vidrio y un poco atontadas se deslizaban como criaturas diminutas hasta el otro extremo del cristal desde donde saltaban hacia los oídos. Algunas caían sobre los desnudos hombros de Virginia y se escurrían por las tirillas de su blusa amarilla. Otras se fugaban por las ventanas como guirnaldas al viento y otras más chorreaban el tablero de los controles.

De pronto, Jairo notó algo nuevo, como si Virginia hablara desde otra parte, desde otra emoción. Al principio no le prestó atención. Habían dejado atrás los asuntos del trabajo y ahora Virginia exaltaba la belleza de la sabana cubierta de algodón, aquel “enjambre de motitas blancas palpitando bajo el sol”. Le dieron vueltas al tema hasta cuando él empezó a comparar las distantes y suaves ondulaciones de la tierra con el cuerpo de una hermosa mujer. Virginia se quitó la hebilla con que sujetaba la trenza sobre la nuca y su cabellera se explayó como una fiesta de bucles cobreados. Jairo hablaba de aquella línea que parecía la espalda de una bella dama. La respuesta silenciosa de Virginia se hizo tan intensa que Jairo volteó a mirarla y descubrió que tenía los ojos cerrados. Fue cuando el algodónal se hizo garganta vertiginosa, larga y recta, y Jairo sintió que un pánico desconocido se le metía en los tuétanos. Siempre había creído que el miedo aparecía sólo en las manos en forma de temblor, que la respiración se alteraba y que uno abría los ojos más de la cuenta. Pero no, en medio de aquel vértigo un pavor indescriptible lo había invadido y hasta lo sintió impregnándole la ropa e inclu-

sive que llegaba hasta toda su historia pasada y futura, hasta toda su memoria y alcanzó a percibir que su propia sombra, la misma que proyectaba cada mañana cuando salía a caminar, parpadeaba atemorizada.

No podía creer que Virginia tuviera los ojos cerrados y que permaneciera rígida, sosteniendo el pie derecho hundido hasta el fondo del acelerador. Su primera reacción fue gritarle que los abriera: ¡¿Te has vuelto loca?!, ¡¿qué te pasa?! Pero ella iba en otro viaje. La zangoloteó: ¡Frena! ¡Nos vamos a estrellar! Pero Virginia parecía una estatua de mármol, mordiéndose el labio inferior y con una delgada línea ondulante, como el aletazo de un pájaro, cruzándole la frente. El carro rugía. Cada grito suyo lo asustaba más a él que a ella. Quiso controlar el timón pero Virginia lo sujetaba férreamente. Metió un pie entre los de ella buscando el freno, pero aquellas piernas envueltas en la vaporosa falda estampada de tela hindú, parecían dos barras de hierro que se lo impedían. Se acercaban a una curva. Jairo pensó en lanzarse afuera y hasta alcanzó a abrir la puerta, pero al ver aquella larga y devoradora banda de pavimento, la volvió a cerrar. De nuevo quiso controlar el timón, por lo menos para evitar salirse de la vía, pero ella continuaba con las manos firmes en la dirección y el pie en el acelerador, al punto que carro y conductora parecían una sola pieza. Al llegar a la curva, Virginia, de repente, frenó, apagó el motor y abrió los ojos, que habían adquirido un nuevo y poderoso brillo. En su rostro, un poco cansado, se dibujaba una dulce sonrisa.

—No te asustes, querido —susurró y descansó su mano en la rodilla de Jairo. Jadeaba como una atleta que recién acababa de correr la gran prueba y se humedecía los labios con la punta de la lengua—. Es apenas un ejercicio, —Él la miraba aturdido, como si hubiera recibido una trompada. Al sentir aquella mano en su rodilla, algo, similar a una descarga de espasmos, le recorrió el cuerpo. No era la primera vez que su fogosidad lo confundía. Virginia cerró

los ojos de nuevo y echó hacia atrás el cuerpo, la cabeza en el espaldar, irguiendo los senos bajo la blusa como un desafío.

—Déjame yo conduzco —dijo Jairo queriendo ser persuasivo, como si le hablase a un enfermo, deseoso de volver cuanto antes a la ciudad. En respuesta, ella, displicente, agitó la mano como si espantara una mosca y en el ademán Jairo vio, en uno de sus dedos alargados y finos, aquel anillo de oro en forma de serpiente doblemente enrollada, que siempre le pareció como si acabara de enroscarse. El viento acariciaba las matas de algodón y silbaba entre las despeinadas ramas de una acacia solitaria. Era lo único que se oía, hasta cuando Virginia aspiró tanto aire por la boca que pareció querer devorarlo todo y luego lo exhaló en un largo suspiro.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Jairo.

—¿Qué?

—Correr como una loca.

—¿No te gustó?

—Para nada..., me has dado un gran susto.

—¿Creíste que nos mataríamos?... ¿lo creíste?

—Sí, por un momento sí. Dime por qué lo hiciste.

—Te lo voy a confesar de una vez por todas... —los ojos de Virginia refulgían más allá del parabrisas y sobre el labio se adivinaban diminutas gotitas de sudor—. De un tiempo para acá, cuando paso por esta carretera y la veo como una provocativa línea recta, siento inmensos deseos de bebérmela, de recorrerla palmo a palmo en un instante, de volar, entonces cierro los ojos y acelero... —Virginia miró a Jairo como para corroborar que no hablaba sola y volvió sus ojos a la curva donde empezaba el altozano—. A veces vengo de noche, cargada de tantos sueños que no me dejan dormir, vengo con la ilusión de encontrarme con alguien, pero con quien me encuentre es con mi soledad... En las noches no necesito cerrar los ojos, me basta apagar las farolas y acelerar al máximo... Todo es deliciosamente

oscuro y leve, si vieras, como si esta sabana fuera el socavón más profundo de la tierra. A veces, las estrellas y la luna se asoman y entonces cierro los ojos y me dejo ir... Pero no creas que ha sido fácil. Me llevó mucho tiempo quitar el temblor de mis manos. Parecía como si tuvieran miedo propio. Tuve que poner de acuerdo a mis pies: uno se negaba a empujar el acelerador a fondo, y el otro se entusiasmaba por pisar el freno... Ha sido una maravillosa experiencia, como de liberación... ¿Viste que ya aprendí a calcular el momento exacto de llegar a la curva? Han sido muchos meses de práctica, muchos, dos y tres veces al día, hasta convertirlos en un ejercicio que me embriaga y que ya no puedo evitar, que no quiero evitar... Y hoy, ¿sabes?, contigo a mi lado, me sentí feliz y quise compartirlo...

Jairo no supo qué decir. Quería huir. Sintió encima la mirada quemante de Virginia que lo confundía, como si tuviera el poder de estrujarle el alma y ponerla en entredicho. Quiso hacerla entrar en razón, pero se abstuvo porque en el fondo de su ser la admiraba. Él no sería capaz de hacer algo así, no tenía esos arrestos para jugar a sobrepasar aquellos límites.

—No sé qué decir... —dijo.

—¿Nunca has sentido estos deseos de correr, de volar, de ser libre? —preguntó ella.

—Por supuesto que sí, pero en otras formas menos peligrosas...

—Te da miedo, ¿verdad?

—No, no es miedo...

—¿Qué más puede ser?

—Quizás sea prudencia...

—¡Prudencia! ¡Sensatez! ¡Cordura!... No veo cómo puedas volar con tantas tijeras cortándote las alas.

—Estás exagerando, confundes el instinto de conservación.

—Sigue así y tu vuelo no va a ser más alto que el de una gallina con instinto de conservación.

—Es mejor que nos vayamos —dijo de pronto Jairo, arrepentido de estar allí.

Virginia no se inmutó, quería descansar. Luego de aquellas jornadas terminaba extenuada.

—O quizás sea mejor que me dejes aquí —agregó él, en medio de un desconcierto que lo violentaba hacia una vergüenza insoportable. Cuando quiso abrir la puerta para abandonar el auto, Virginia, mirándolo con otro fuego muy cercano al desprecio, puso el motor en marcha.

—Eres cobarde hasta para conversar —le espetó sin mirarlo ni darle tiempo para nada. Las llantas empezaron a rechinar en cada curva del altozano. Poco a poco, la sabana se fue extendiendo abajo, esplendorosa de algodón. Virginia mantenía alta la velocidad y fijos los ojos chispeantes en la carretera. Apabullado, Jairo guardaba silencio y se sujetaba a la silla y al borde de la ventanilla. Estaba pálido y se sentía sin fuerzas para mirar a Virginia. Las palabras le sonaban como si su cabeza se hubiese convertido en un tambor. Ella daba vuelta al timón en cada curva y su cabellera ondeaba como un manojito de cometas. Las llantas chirriaban. Virginia volvió a morderse el labio y en su frente empezó a dibujarse de nuevo aquel aletazo. Jairo miró de reojo aquellas manos delicadas que maniobraban con exactitud el timón. La serpiente de oro se desenroscaba entre los dedos, ahora más sensuales y ágiles.

—Valiente bobo me resultaste... —dijo ella en voz alta pero con tono distante, entre furiosa y frustrada, como si hablara consigo misma. Jairo no quería hablar más en todo el camino. Virginia, como si sus palabras fuesen una trivialidad, dijo al poco rato: Apuesto a que no eres capaz de intentarlo.

Aquel reto entró en Jairo como una bofetada. Esas palabras corrieron a juntarse con las anteriores, amalgamándose en un corrosivo desafío. La palidez de su rostro se acentuó y sus dientes se apretaron como si mordieran una decisión. Debíó hacer un grande esfuerzo para desa-

nudar el trapo de su lengua, pues el reclamo de su amor propio, humillado, así se lo gritaba.

—Devolvámonos, quiero intentarlo —dijo Jairo, al cabo de unos segundos, con una voz que parecía prestada. Sorprendida, Virginia detuvo la marcha y lo miró interrogante.

—¿Qué dijiste?

—Que nos devolvamos.

—¿Adónde?

—A la sabana, quiero intentarlo...

Virginia dudó. Esculó el semblante de Jairo como si hubiera pasado muchos años sin verlo. Aquella palidez y la extraña fuerza de su voz le inquietaron, pero no supo si era miedo o compasión lo que ahora le despertaba. Comprendió que lo había presionado demasiado y sintió en la garganta la acidez de un arrepentimiento atravesado. Consideró la posibilidad de confesárselo para que desistiera.

—¿Intentar qué? —le preguntó.

—Intentar un tramo, quiero saber qué se siente..., si me gusta quisiera aprender contigo...

—Pero...

—Nada, volvamos allá —y la desplazó del volante, obligándola a bajarse y a intercambiar el puesto. Así desandaron el altozano, haciendo rechinar aún más las llantas, hasta donde empezaba la carretera plana y recta, exactamente donde Virginia había frenado luego de la delirante carrera.

—¿Vas a intentarlo desde aquí? —preguntó Virginia, más preocupada que curiosa.

—Sí, desde aquí —Jairo se acomodó en la silla, dispuesto a emprender la carrera.

—¿Y dónde te detendrás, si ésta es la curva de llegada?

—Probaré en sentido contrario al menos un tramo y tú me avisarás cuando deba frenar —aceleró varias veces pero sin quitar el otro pie del embrague, como un toro que rastrilla la arena con ímpetu antes de embestir. Ahora

Virginia era la que no sabía qué hacer. Por un instante sintió deseos de bajarse pero él la miró desafiante, sin la palidez de antes, sino con otra más amarfilada.

—Me avisas cuando deba detenerme —repitió Jairo y fijó sus ojos en la carretera. Luego, mientras iba retirando el pie del embrague, pisó poco a poco el acelerador hasta el fondo. Virginia se agarró con fuerza del borde de la ventanilla. El carro avanzaba cada vez a mayor velocidad. Jairo memorizó la alargada línea de la carretera—. Quedo en tus manos —dijo, y cerró los ojos, lanzándose a ciegas.

Nunca sabría con exactitud cuánto tiempo transcurrió. Sus manos y sus brazos se sostenían firmes. En su frente empezaron a hervir diminutas gotas de sudor. El motor resoplaba como si fuera a desbaratarse. Jairo imaginaba las matas de algodón pasando veloces hacia atrás. Se vio sentado en aquella silla, sosteniendo el volante, como había visto a Virginia antes. ¿Y Virginia? ¿Qué estaría pensando? Cómo le gustaría verla. Seguro que iba pendiente. Pero ¿por qué no le decía nada? ¿Por qué no le indicaba si así iba bien? De pronto sintió deseos de abrir los ojos, pero aguantó un poco más para vivir la misteriosa vibración de la que Virginia había hablado. Ella le avisaría cuándo debía frenar, al menos eso fue lo que él le pidió. Quiso preguntárselo, pero se reprimió. Quizás era muy pronto y la tremenda ansiedad que lo subyugaba lo hacía calcular mal. Además, aquella era, también, una prueba de su capacidad para arañar los límites. Sin poder evitarlo, su mano derecha se levantó como si una agobiante duda le acosará: ¿sí iba ella allí, a su lado? Tocó su hombro y sobre la redonda fresca de su piel sintió la tirilla de su blusa. El carro titubeó. Esa piel suave le gustó, ¿por qué no la había acariciado antes? Las llantas chirriaron entre el polvo y el pavimento. Sobre el dorso de la mano con que tocaba el hombro de Virginia, Jairo sentía el acariciante cosquilleo de su cabellera agitada por el viento. El motor roncaba con angustiante resequedad. Virginia

tomó la mano de Jairo entre las suyas y la acarició. Las llantas bordeaban la cuneta peligrosamente. Ambos entrelazaron los dedos. El carro temblaba y las llantas tiraban hacia fuera del pavimento. Jairo sintió entre sus dedos la dolorosa presión de la serpiente enroscada. Las ruedas zigzagueaban. El brazo con que Jairo sostenía el volante empezó a temblar, sentía su cuerpo empapado en sudor. A medida que avanzaban en aquel atrevido ejercicio, la mano sostenida en la dirección iba dejando de ser una acerada tenaza, y el brazo una potente barra metálica, para convertirse en un amasijo de temblores sin control. La doble lucha que llegaba al cerebro de Jairo era contradictoria: por un lado, Virginia con toda su carga, y por otro, el cansancio de aquella masa de músculos y nervios encalambrados.

Sin poder soportarlo más, Jairo le preguntó a Virginia si debía frenar ya, pero no obtuvo ninguna respuesta. Apretó con desesperada fuerza la mano como si quisiese asfixiar la serpiente y llamar la atención de Virginia quien —sin duda ése era su juego— quería llevar las cosas hasta un extremo intolerable. Pero tampoco oyó su voz, ni recibió señal alguna de su mano. Entonces, hundido ya en la incertidumbre, abrió los ojos, y en el flogonazo de un parpadeo sólo alcanzó a ver que Virginia viajaba también con los ojos cerrados y que, al frente, a pocos centímetros, el áspero y formidable pecho color ocre, de una enorme roca, los esperaba imperturbable.

LA TRIUNFADORA



La triunfadora

HOY NO HAS HECHO MÁS QUE HABLARME DE DINERO. DESDE QUE llegaste te plantaste en la palabra. Cuando a modo de saludo te dije, ¿cómo estás?, ahí mismo entraste en el tema. Pues muy bien, dijiste, no me quejo, estoy como una flecha en las ventas y soy feliz. Pensé que era una forma de hablar, pero a medida que pasaban los minutos te sostenías en lo mismo: que habías ganado no sé cuánto (no dijiste la cantidad), que había que estar en la onda moderna porque el mundo de hoy era de los triunfadores y quien no se adaptara sucumbía. Todo lo decías muy seria, con una seriedad que me dolía. Inclusive me ofreciste tu casa, te la vendo, dijiste, y yo me asombré porque conocía de tu lucha por hacerte a esa casa, cuando decías que preferirías cualquier carencia, menos el alimento para tu hijo y un lugar donde vivir, sí, una casa propia, sueño con una casita, decías. ¡Dios me libre de tener que pagar arriendo!, exclamabas en esos tiempos. Pero hoy las cosas han cambiado, según tú, y hasta la casa vale ponerla en venta aun sin tener hacia dónde ir después. Cuando te pregunté por qué la vendías, de inmediato respondiste que la finca raíz estaba desvalorizándose y estabas perdiendo dividendos, que no podías ni siquiera arrendarla en \$500 mil, cuando habías tenido que pagar cuotas hasta de \$800 mil y te indignabas con tus propias cuentas porque la financiera se embolsilló tres veces el valor del préstamo... En fin, no había forma de hacerte cambiar de tema. Cuando abriste tu morral para sacar un pañuelo, aprovechaste y le hiciste propaganda. Creo que fue adrede para ufanarte de ser vendedora de esa marca. Mira el morral, ¿no te parece hermoso? Tam-

bién los vendo y baratos, les cabe un mundo de cosas, hasta el paraguas... Y sacaste un paraguas de varios colores y me lo enseñaste... Bueno, y para qué recordar la marca del tal paraguas si era la misma de los pañuelos y del pintalabios y del lápiz para las cejas, del frasquito de aerosol para el mal aliento, de los zapatos y hasta del jabón de la lavadora... De tanto repetirme esa marca la he olvidado. Es una marca para todo. Y dos horas después sigues hablando como una loca. Ni el café te has tomado, míralo, se te ha enfriado. Bebe aunque sea un sorbo. Antes el dinero era lo de menos para ti, lo clave era lo espiritual. Al ser humano, decías, lo empobrece el dinero, la riqueza material, el poder. ¿Y hoy?, lo increíble de oírte. Recuerdo nuestro primer encuentro allá, en la cafetería Cardescos, en la avenida La Playa, llegaste sonriente, hermosamente sonriente, con esa sonrisa que me fascinaba pero que nunca más te volví a ver. Apenas teníamos para pagar un agua aromática, ¿lo recuerdas? Te gustaba tanto el agua de canela y el té con limón. No importaba, la gracia era vivir sin complicaciones. Alargábamos esa aromática hasta tres horas conversando, leyendo tus poemas o los de Gabriela, mirándonos a los ojos, felices de no poseer nada que nos separara, ni complicaciones de modas consumistas... ¡Qué tonterías esas!, decíamos sonrientes y nos dábamos un beso. La gente no levanta la cabeza, repetíamos con ironía, sólo viven pendientes del dinero, cómo si fuera la gran cosa. Y hoy, mira que me has echado un discurso sobre el dinero, me has citado aquí, en este bello lugar, tan tranquilo, tan lleno de historia, para pasártela todo el rato monologando, sí, querida, monologando, porque ni siquiera me has dejado hablar, ni replicar, ni afirmar, ni negar nada... Tan distinto a cuando nos veíamos en Cardescos, compartíamos ideas, sueños y discutíamos de todo y nos sentíamos acompañados. No necesitábamos el dinero para regresar caminando cada uno a casa, pero lo hacíamos dichosos y tú no tenías la cara ajada que tienes hoy, ni esa

postura de gran empresaria o vendedora estrella cuyas ventas, sin embargo, no te dan con qué pagar el café al que me invitaste... Sí, has estado muy locuaz. Demasiado, diría yo. Llegaste varios minutos después de la hora acordada, con paso apresurado, como suelen hacer las personas sabedoras de que han llegado tarde y que con la apariencia de afanadas tratan de ocultar su retraso. Has venido de sudadera azul y zapatos tenis. Vengo del gimnasio, querido, dijiste y descargaste el morral que traías sobre la espalda, morral impermeable de color impreciso, es decir, feo, como avejentado por el uso, aunque es nuevo, según afirmaste. Apareciste con el cabello recogido atrás por un caucho forrado en tela roja. ¿Sabes una cosa?, no recuerdo haberte visto el cabello así de descuidado, como las señoras recién levantadas que sin bañarse se ponen a barrer el piso. Sí, así te estoy viendo esta tarde. Vengo del gimnasio, si vieras, repetiste como para remachar la justificación de tu facha y de tu retardo. Una debe estar en forma... No eras así, no, ni en Cardescos ni en la universidad. Si algo me admiraba de ti era tu presentación. Siempre tan pulcra, sencilla pero atractiva, con esos bluyines ajustaditos a tus muslos y esos trajes livianos que te hacían ver fresca. Esa imagen siempre me sedujo. Pero hoy, querida, estás horrible, perdóname, pero estoy muy impresionado. Y vienes hablándome de dinero... No sé si es que lo haces adrede y me has citado aquí para defraudarme, para hacer que me olvide de ti, que te rechace... o quizás me estás mostrando cómo el matrimonio te ha transformado. Tan cuidadosa antes, tan hermosa que lograste enloquecerme, ¿recuerdas? Sólo pensaba en ti, todo lo que hacía era pensando en que tú estuvieras bien, hasta tal punto que llegué a proponerte matrimonio o como se le quiera llamar a ese deseo ferviente de vivir todo el tiempo contigo, pero me rechazaste porque acababas de conocer a un galo maricón de ojos azules y oloroso a mierda, porque casi no se bañaba, pero eso no te importaba, habías caído en la trampa de

unos ojos marinos y una lengua enredada... Ese exotismo te alejó de mí... Ese extranjerito que hoy te dio permiso de ir al gimnasio del cual te has volado antes de tiempo para poder cumplirme esta cita que me has puesto. Y no has alcanzado a llegar a tiempo, lo cual parece no importarte, quizás porque sabes que de todas maneras yo te espero, así sea para sorpresas como ésta, pues no has parado de hablar de dinero... Yo me he distraído mirándote mover los labios, esos labios que antes eran carnosos y rojos, no como los de hoy, secos y pálidos. También me he concentrado en tu voz que todavía sostiene un algo de ese timbre pretérito que tanto me deleitaba. Parece que necesitaras este derroche de palabras, salen de tu boca como si no las pudieras detener, como si tuvieran vida propia y no quisieran seguir más dentro de ti. Y tú, desesperada, ocultando algo al liberar tu voz. Has hablado sin parar y a cada rato me dices ¡qué pena!, cuando estás desencadenando tanto sentimiento acorralado. Yo trato de salirte al paso y te pido que te calmes, pero no has aguantado y mira lo que me estás diciendo finalmente: ¡qué pena!, pero si no hablo me chiflo, déjame hablar, te lo suplico, déjame, óyeme en silencio, no me pidas que me calle, déjame seguir hablando... Y luego de decirme todo esto yo te digo que sí con la cabeza, respetuoso de tus ansias, pero de pronto has empezado a llorar y yo me siento conmovido, ¿qué te sucede?, te pregunto y me sueltas semejante confesión: soy muy infeliz, si vieras, no tengo con quién conversar... ¿Puedo pedir más café?, y sacas otro pañuelo para secarte las lágrimas y como veo que te dispones de nuevo a hablar de la marca aquélla, como si una fuerza extraña te empujara, te hago una seña de que ya conozco el discurso de vendedora estrella y entonces tus sollozos empiezan a transformarse en temblores, leves, muy leves al principio, como si una corriente eléctrica te empezara a recorrer con un voltaje inesperado, hasta convertir los sollozos en ahogada risa, sí, en una extraña e incontenible risa estentórea que te

desborda y me alcanza, me invade, me sorprende y me asusta y sin saber por qué, ries a tirones, sí, a temblores, mientras desde las otras mesas la gente empieza a mirarte. Pero tu risa es llanto, muy llanto, y la gente deja de tomar café y te miran, nos miran, como si fuésemos una pareja de ésas que forcejea en sus íntimas discordias. Te llueven los ojos y acudes a tu pañuelo aquél... Todos te miran con tierna benevolencia. En cambio a mí, me acuchillan, sobre todo las damas, porque suponen que te doy mala vida, que juego con tus sentimientos o que te soy infiel, y que tú, tontita, me crees todos los cuentos y has terminado por aceptarlos porque te suenan coherentes y también porque piensas que sin ti no puedo vivir. Es lo que concluyo ahora, después del escándalo que se formó. ¡Desgraciado!, me gritaban las damas. ¡Cabrón!, los hombres. ¡Respetar a las mujeres! ¡Enfréntate conmigo!, y el tipo ese se me plantó al frente arremangándose la camisa y sin que yo pudiera parpadear siquiera, dejó caer su puño en mi cara y luego otro y otro más... Y sólo tú sabes qué pasó. Sí, vete. Ya sé que no puedes quedarte más tiempo. Este vendaje no me deja verte, pero te imagino ahí, parada, sin saber qué decirme. Hazme un favor al salir, dile a la enfermera que venga un momento.

LAS HOJAS DE NOELIA



- 2 -

SÍ, NOELIA DEJABA LO FUNDAMENTAL EN MANOS DE SU POESÍA arbórea. Según me contó después, había empezado a cultivarla desde que era niña, como una estrategia para enfrentar las tareas del colegio y los oficios de la casa. Una especie de armadura para proteger sus ilusiones y mantenerse en pie. Cumplir con los deberes escolares y además fregar los platos, lavar ropa y estar pendiente de los pisos, al lado de su madre, eran las cosas que más odiaba en el mundo. Por eso, el día que pudo lavar los platos sin sufrir, distraída mirando la clavellina que su madre cultivaba en un tiesto sobre el alféizar de la ventana, lo recordaba como el inicio de su salvación. Desde entonces aquellos oficios se transformaron en una fiesta íntima. Los pétalos de la clavellina fueron el descubrimiento de un remedio maravilloso contra el hastío y la áspera vista de un muro sin revocar, único paisaje que entraba por la ventana de la cocina.

Adquirió la costumbre de llevar en la mano una hoja de algún árbol, que acariciaba en momentos de tensión. Durante casi toda su vida se la había pasado coleccionando hojas de formas variadas que iba guardando en su libreta. Mientras la profesora hablaba y hablaba o les daba la espalda para escribir y escribir en el tablero, Noelia abría su colección y viajaba montada en una hoja voladora o se internaba en un bosque que sólo le pertenecía a ella. Tenía sus dificultades cuando le preguntaban algo de la clase, pero eso poco le importaba. Luego hacía un esfuerzo y se ponía al día con facilidad.

No tenía amigas y los hombres no le quitaban el sueño. Su adolescencia había transcurrido en esa evasión continua, pero vivía tranquila y satisfecha. Al menos en lo exte-

rior, porque por dentro bullía el volcán permanente de una soñadora empedernida. Noelia parecía flotar más que caminar y las cosas rutinarias de la casa y el estudio las hacía ayudada por esas hojas que ella modificaba sin cesar en su imaginación.

Era capaz de permanecer quieta, mirando hacia cualquier lugar, mientras su madre la cantaleteaba porque no salía con amigos como todas las chicas. Su madre pasaba horas enteras pegada frente al televisor al regreso de su trabajo, porque en la casa todo estaba impecable y además llegaba muy cansada. Mientras ella veía todos los noticieros y telenovelas entre las seis y las once de la noche, Noelia se encerraba en su habitación y se ponía a dibujar hojas o a pegar en la libreta las que había recogido durante el día en el camino hacia la universidad y en la universidad misma, o a veces en sus caminatas de exploración por el Jardín Botánico o el Parque de Boston o del barrio Prado, o en los alrededores de la Biblioteca Pública Piloto, e inclusive en los jardines del Hospital Universitario.

Hacía esto mismo todos los días, fueran sábados o domingos, estuviese o no su madre.

- 3 -

AÚN NO COMPRENDO POR QUÉ ME CONTÓ TODO ESTO. QUIZÁS para salirle al paso a mi creciente entusiasmo por ella. Después de aquel mediodía cuando la vi sentada en el césped mirando el libro, la volví a encontrar al día siguiente y al siguiente de varios días siguientes. Así terminó por aceptar mi saludo y una muy limitada conversación, por supuesto alrededor de los árboles y a veces de los pájaros.

Noelia se me fue metiendo en el alma con una fuerza arrolladora, como ninguna otra mujer. Su extremado recelo, aunque la ponía en distancia, la hacía ver vulnerable. Sin darme cuenta le fui abriendo mi corazón sin condiciones y a cambio de nada. De su presencia por un rato, quizás. Hoy pienso que lo que me sedujo fue su aire de independencia y su silencio. Claro que era hermosa, para mí lo era. Me gustaba la forma de su rostro ovalado, ese color de su cabello bajo aquellos árboles..., porque siempre la vi fue allí, bajo aquellos árboles, nunca en otro lugar. No aceptó siquiera que camináramos unos pasos para ir hasta la cafetería o al teatro a ver alguna obra. Sólo allí, en aquel mismo lugar y a esas mismas horas. Parecía una visita entre condenados. Tampoco quiso ir a la biblioteca un día para ver una exposición de pintura cuyo tema era las hojas de los crotos. Ella fue después, pero sola.

Sí, Noelia no sólo era atractiva físicamente, sino que su forma de ser parecía independiente. Atraído por esa doble belleza aprendí a dejarme embrujar por sus ojos, por su sonrisa leve. El movimiento delicado de sus manos jugando con la hierba me gustaba porque veía en ellas una gracia plástica como de gata o de bailarina de ballet.

Hasta su obsesión por las hojas de los árboles llegó a gustarme y la envidié porque vi que tenía una razón muy definida para vivir. No como yo, que aunque iba a la universidad no sabía cuál sería mi futuro. Noelia ya vivía su futuro, que era a la vez su pasado y su presente. La envidié, pero luego sentí una inmensa tristeza porque no se salía de su libreto, tan contrario a mi forma de ser de potro salvaje, de alma alérgica a los encerramientos y a los monotemas. El paisaje no es sólo para contemplarlo o coleccionarlo, sino, y sobre todo, para devorárselo, para recorrerlo palmo a palmo hasta caer extenuado en su follaje. Para sumergirse en él como una unidad integrada e indisoluble. Eso le decía yo y ella me escuchaba sin parpadear, clavada la mirada en el césped.

Noelia coleccionaba hojas para verlas cómodamente en su casa, a cualquier hora. A mí, en cambio, el paisaje me llamaba, su verdor me gritaba, me seducía para ir hasta el fondo de sus valles y trepar hasta el extremo de sus cumbres... Respirármelo, saborearlo allá en su propia lontananza natural, sin guardarme ni un ápice de su formas en mis bolsillos. Coleccionando todo pero en mi alma y en la memoria de mi corazón... Al oírme decir estas palabras con el tono apasionado que me imbuía, sus manos temblaron ligeramente. Pero nada más. No dijo nada más.

- 4 -

CUANDO LE CONFESÉ QUE ESTABA PERDIDAMENTE ENAMORADO de ella, Noelia se asustó, pero no tanto como yo. Supo controlarse y me miró como a una de sus hojas, con curiosidad. Aquel día, el árbol no tenía hojas sino sólo flores amarillas que empezaban a caer sobre la hierba cubriéndola.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó, pero yo no supe qué responderle. Nunca había pensado en esa pregunta, como tampoco en lo que acababa de confesarle. Le dije que yo no quería otra cosa sino que lo supiera, nada más.

—¿Y para qué?

Tampoco había pensado en eso. Le dije que para nada.

—Entonces, debo consultarlo —dijo.

—¿Consultarlo? ¿Con quién?

Fue cuando todo empezó a derrumbarse para mí. Yo, que en un principio quise descansar bajo aquel árbol antes de entrar a la clase de cálculo, ahora me veía atrapado en una extraña telaraña. No pude evitar decirle lo que le dije, había sido como si hubiera hablado otro que no sabía que me habitaba. Noelia sacó el libro de su mochila de hilo que tenía sobre la hierba, junto a sus zapatos de gamuza. Comprendí que hasta ese momento yo sólo había visto la carátula, cuya ilustración ejercía en mí una especie de fascinación. Se trataba de una hoja de guayacán pintada por ella misma con asombroso esmero. Recordé que en nuestro primer intercambio de palabras ella me dijo que era un libro de poesía, de pura poesía. Pero nunca me había enseñado sus páginas interiores. Cuando dijo que tenía que consultarlo, noté un ligero cambio en el tono de su voz. Algo que en primera instancia no parecía tener mucha importancia.

Entonces, abrió el grueso libro y me dijo:

— Esta poesía es mía —y me mostró. No había ni una palabra escrita, sólo hojas de árboles en todas las páginas, pegadas y dibujadas con colores. Era un hermoso herbario. Pasó varias páginas para que yo las viera y luego lo cerró.

—Con él consulto todo —me dijo—. Todo.

Yo la miré sin comprender nada y antes de que dijera algo me pidió que la dejara sola, que al día siguiente volveríamos a hablar.

A la hora acostumbrada acudí allí, después de haber pasado una noche llena de cavilaciones. Ni siquiera respondió a mi saludo sino que fue directa al grano.

—No debemos vernos más —me dijo, con ese extraño tono de voz que le había oído el día anterior—. Mi libro de poesía lo dijo... Adiós.

Y no volvió a pronunciar palabra alguna. Se sumió en un mutismo sorprendente. Me sentía humillado y a la vez asombrado. Por más que le pregunté una y mil cosas, no logré arrancarle ninguna palabra. Ni siquiera una mirada. Nada. Ella siguió quieta, con la mirada clavada en la hierba.

Todavía la veo allí cuando voy para clase, sentada bajo aquel árbol. Pero hoy me sorprendió porque estaba de pie, jugando con las flores amarillas del árbol, recogéndolas del suelo y echándoselas sobre la cabeza como si se bañara con ellas.

MORIR MÁS



Morir más

EL NIÑO HA MUERTO. ES DE DÍA PERO NO PUEDEN ASOMARSE afuera. A todo aquel que ha salido le han disparado. A Margaritainés le pegaron un tiro en la frente con sólo asomarse y a Obdulio le despedazaron el brazo que sacó por la ventana. El niño murió de fiebre, alguna infección y sin ni siquiera agua para humedecer sus labios. La madre le untaba su saliva o las lágrimas en los labiecitos, pero el niño murió. En la casa reina el silencio. Con el alma apretujada, la madre quiere que a su hijo se le entierre en el cementerio. El padre, menos expresivo pero mordiendo el duelo, dice que eso no es posible, que si salen los asesinan. Pero la madre está triste, desesperadamente triste. Al criaturito no lo podemos enterrar como a un perro, no, él es un ser humano, un inocente y a los inocentes se les entierra en un cementerio. Eso dice. Llora, llora con profundo dolor. El hombre sostiene que no es posible pero ella lo llama cobarde. Lo haré yo misma, dice, ¿qué importa morir más? Ya nuestro hijo no respira, ¿qué importancia tiene vivir? Tal vez tenga razón, empieza a pensar el padre, no vale la pena seguir así, sitiados, como enterrados en vida. Así, poco antes de medianoche, los dos están convencidos de que deben salir a darle sepultura a su pequeño, enterrarlo como es debido. Por los pasadizos que han construido se comunican con los vecinos que colindan con el patio de atrás. Ellos también les dicen que no lo hagan, que es muy grande el riesgo, que pueden morir, pero la pareja ya no tiene duda. Sólo querían contárselo. Los vecinos opinan que es mejor enterrarlo en el patio, les ayudamos, traemos nuestras palas, haremos vigilancia. Pero para los padres

aquello ya es inaceptable. Será enterrado como un ser humano, como un niño inocente, y adonde podamos ir a visitarlo y a conversar con él y a llevarle flores, enfatiza la madre. La oscuridad es propicia para salir. Los bandidos no conocen aquellos vericuetos y por eso no se aventuran a permanecer en los mismos sitios de francotiradores donde se ufanan de día y se juntan detrás de la casona que han usurpado al tendero Humberto. Tienen bloqueadas las dos salidas, pero desconocen la existencia de un corredor por el lado del caño. Por allí intentarán salir con el niño muerto. Ustedes verán, les dice la madre a los vecinos, si quieren arriesgarse es cosa de ustedes, se lo agradecemos, por supuesto, pero no se lo pedimos. Los vecinos deciden colaborar conmovidos por la firmeza de la madre, sienten el torrente por sus venas y reafirman su voluntad. La suerte está echada, ¡qué carajo! Al poco rato las sombras se deslizan. Una silueta de mujer va agachada cargando a un niño en sus brazos, como si lo arrullara. La siguen otras sombras sigilosas con sus palas en la mano. Son una extraña procesión. Cada palada con que perforan la tierra es silenciosa, como sus respiraciones. Cuando están echando la tierra encima del envoltorio, la luz de una linterna hiere las tumbas y no les queda más remedio que tirarse al suelo mientras sobre sus cabezas pasa el chorro mortecino. Luego vuelven a su labor. Entre ahogados sollozos, la madre le susurra las últimas instrucciones al pequeño que yace bajo el montículo. Los hombres la esperan sudorosos. ¿Para qué regresar?, pregunta la madre. El silencio es mayor.. Ustedes sí, porque tienen a sus hijos allá, ¿pero nosotros? Nadie responde. El padre dice gracias y estrecha la mano a cada vecino. Luego se separan, como si unos y otros buscaran los extremos de la noche.

SOLEDAD DE AYER, HOY



Soledad de ayer, hoy

Y EN ESA SOLEDAD DE AHORA ECHA DE MENOS LA SOLEDAD DE antes, cuando vivía en las afueras de la ciudad y él la acompañaba. A ella no era que le disgustara porque tenía una forma de mirarla que le levantaba el ego y también porque durante el camino él no perdía oportunidad para halagarla y eso a ella la ponía eléctrica, oírlo cómo iba con exquisita sutileza sugiriendo, como si cada vez que le hablara fuese un inicio. Le decía que le gustaba su forma de ser, que por qué no tomaban una cerveza antes de llegar y ella dijo, esa noche, mejor llevémosla y nos la tomamos en mi apartamento, no una, varias, y al oírse decir eso temió que estaba descarándose, pero era que quería vencer la rutina de su soledad, llegar acompañada, abrir la puerta y poder decir a alguien sigue, estás en tu casa, ponte cómodo en el sofá, un sofá nunca ocupado del todo, ponte cómodo mientras descargo el bolso y me quito estos zapatos que me tienen harta..., aguarda voy por los vasos, o no, mejor tómalos tú mismo del gabinete de la cocina, sí, tómalos tú mientras descargo el bolso. Al decirle tómalos tú, la anima la idea de que alguien, él sobre todo, ocupe más espacio del apartamento que nadie más sino ella, ocupa diariamente. Era el deseo de vencer la soledad. El destapador está en el cajón, sí, ahí junto al sacacorchos. Lo trataba con confianza, aun sabiendo que luego se marcharía, que se tomarían unas cervezas y conversarían y ella, en un arrebato, encendería la grabadora y le diría oye esta canción tan bonita, incorporando así la música al recuerdo. Cuando él se vaya al menos le quedará esa música pegada en su reemplazo. Y brindan sentados los dos en el sofá, mientras sue-

na la melodía suave que a ella le gusta, y él la escucha y dice que también le gusta... Ambos se portan como queriendo estar más cerca, pero sin atreverse... Eso es lo más bonito del recuerdo de aquella soledad. Y él la mira con unos ojos devoradores y eso a ella le gusta porque la hace sentirse atractiva y en cada sorbo de cerveza se sienten más joviales y él le dice cómo tienes de bien arreglado el apartamento, y ella sonríe satisfecha, este tipo sí es detallista, mira qué comentario, suena como un piropo. Esa pintura es muy interesante, ¿de quién es? Pues mía. ¿Tuya?, ¿tú la pintaste? No, claro que no. ¿Entonces? Pensé que te referías a la propiedad. Cuando uno pregunta de quién es una pintura se refiere al pintor. ¡Ah, pues claro!, qué estúpida soy, piensa, pero no lo dice por supuesto. Lo piensa y siente que se ha sonrojado. Él se pone de pie para ir hasta la pared donde está colgada la pintura. La compré en una exposición. Tienes muy buen gusto. Y vuelve al sofá. La música rueda muy suave. Los vasos están vacíos. ¿Quieres otra cerveza? Sí, qué rico, está sabrosa, este ratito está muy sabroso, dice él, tanto ruido en la ciudad y mira que tú vives aquí muy relajada, te envidio, si vieras donde vivo yo..., hay momentos en que es insoportable..., en cambio tú, aquí, disfrutando esta soledad... ¡Qué tonto!, piensa ella, esta soledad sabe a mierda, pero no lo dice, prefiere sonreír y dejarse mirar por él que le suelta eso de que me gusta verte sonreír. ¿Sí?, no me digas. De veras, ese par de hoyitos en tus mejillas son muy tiernos... Este bruto me está atacando por donde más bonita me siento, ojalá no se le ocurra hablar del cuerpo, no, por Dios, ahí sí qué miedo..., que se quede sólo en los hoyitos, ¡por favor! Sí, me gusta tu sonrisa, tus ojos brillan y eso a mi me fascina. Bueno, bueno, sigamos hablando de la pintura. No, la pintura ya está colgada en la pared, dejémosla allá, tú y yo estamos aquí, sentados muy juiciosos tomándonos una deliciosa cerveza, oyendo música y conversando... Él se le acerca... Me gustas mucho, ya lo sabes, y ella, como picada

por un agujón, se pone de pie, no sabe qué hacer, va hasta la pintura, sí, la compré en una exposición del Museo de Arte, desde que la vi dije es mía... Lo mismo dije yo, ¿sabes? Ella lo mira extrañada. Sí, desde que te vi sentí que me gustabas, esta mujer me gusta, dije ese día, esta mujer tiene un rostro hermoso... Y él se paró y se le acercó y la miró y luego la abrazó y ella intentó zafarse, mira que regamos la cerveza. Pues pongamos los vasos en la mesita, préstamelo yo los pongo aquí, mira, donde no se volteen, y no huyas... No huyo, ¿de quién habría de huir?, ¿de ti? No, por supuesto que no, de mí no, sino de ti misma... Déjame, por favor... Pero sus palabras no concuerdan con su dicha de sentirse abrazada. Recuerda que un calor nuevo la recorría toda, ¿o era un escalofrío?, y él la abrazaba con suavidad, como si temiera tocarla, y apoyaba el mentón sobre su cuello desnudo, y le daba un ligero beso, un roce, más bien, junto a sus oídos, preciso donde más electricidad tenía ella. Déjame... ¿Dónde? Mira que se te hace tarde. Pero si no tengo afán... Y así, en esa soledad de ahora, ella echa de menos la soledad de entonces y se estremece mientras apura un sorbo y oye la canción aquélla...

PALABRAS AL VIENTO



Palabras al viento

LA CHICA QUE ESTÁ EN LA MESA DE AL LADO RASGA Y RASGA PAPELES. Ese ruido continuo es lo que hace que voltee a mirarla. Son cartas. Muchas cartas escritas a mano. Ya leídas, porque las saca de los sobres ya abiertos. Las hace picadillos. Se ensaña en cada hoja. Hace bochorno. Es una chica muy bella. Casi, diría yo, una reina como la de los almanaques o las propagandas de las agencias de viajes. Cabello largo color cobre, brillante, limpio. Parece que murmura algo mientras rompe las hojas. Una que extrae de un sobre amarillo tiene más hojas, trata de romperlas todas a un tiempo pero no puede. Tiene que hacerlo de una en una. Aprieta los dientes. La gente la mira por un momento pero sigue en sus cosas. La chica vuelve a murmurar algo. Después de un momento creo descifrar lo que dice.

—¡Mentiras! ¡Mentiras!...

Parece que rezara o que maldijera y así, poco a poco, a medida que va haciendo pedacitos todas las cartas, ella, hermosa aunque algo pálida ahora, se va tranquilizando. Se queda quietecita mirando hacia fuera de la cafetería, más allá de la puerta en un punto que sólo ella puede ver en el infinito invisible. El café se ha enfriado. Ni siquiera echó los dos cubitos de azúcar. Ha terminado y todo parece volver a la calma.

Cuando supongo que va a recoger las descuartizadas cartas para arrojarlas al caneco de la basura, cuando creo que va a tomar los dos cubitos de azúcar con sus dedos finos para echarlos en el pocillo, cuando creo que ya todo ha quedado liquidado con ese algún amor que le escribió desde lejos, cuando me preparo para salir porque ya bebí mi café y lo pagué, ella, de pronto, rompe a llorar.

El llanto le llega como empujado por un huracán que dormía agazapado en su pecho. Es un llanto que ella no puede atajar y que parece que la tuviera inundada por dentro y por fuera. Trata de reprimirlo con un esfuerzo de dignidad y clase. Bien educada, como suele decirse, hasta llorando se ve que es distinguida. El calor aumenta. Extrae de su bolso un pañuelo. Su torso sube y baja, suspira hondo, como si extrajera de su interior hasta la última gota de llanto para saldar así el episodio que le exprime el corazón.

Ahora sí parece que la crisis ha tocado fin. Yo me dispongo a marcharme, aunque quisiera verla partir a ella primero. Me gustaría ver qué tan alta y espigada es. Pero, de repente, le aflora en su boca otra avalancha de llanto más amargo e indomable y como si un afán desmesurado la poseyera, empieza a tomar los pedacitos de papel con gran delicadeza. Con los dedos empuja el pocillo de café hasta el borde y desparrama por toda la superficie de la mesa aquel enjambre de palabras hechas añicos. A medida que busca un pedazo para juntarlo con otro e ir reconstruyendo así las cartas, su llanto disminuye, su semblante adquiere el aire de una tarea y sus ojos negros brillan entre el arrepentimiento y el desafío. Pero al cabo de un buen rato empieza a temblar por otra oleada de lágrimas que pronto asoman a sus ojos. No ha podido juntar más de dos piezas de aquel rompecabezas. Está afanada, con ese afán previo a la frustración. Sus hombros se ven caídos. No sabe qué hacer. Quizás su pensamiento oscila entre el reproche y la amargura. Ha perdido lo que para ella era un tesoro de confesiones. Lo que la mantuvo firme durante mucho tiempo y ahora la ha desleído. Quién sabe desde dónde fueron escritas estas cartas, ni bajo qué condiciones... Ni siquiera ella lo sabrá. A lo mejor la espera se hizo larga o se sintió burlada. Tal vez no sabía que era capaz de hacer trizas lo que tanto había conservado. No sabe qué hacer. El bochorno arremete. Abre el bolso con el propósito de guardar en él aquellos restos de ese amor lejano, aun

cuando sean desordenados y atomizados. Serán el recuerdo de algo que existió. Al menos sabe que allí está todo. No importa cuán caótico. Peor es nada. Al guardar aquellos minúsculos testimonios cree guardar las esperanzas.

Con ambas manos empieza a amontonar los papelitos, como un jugador de naipes cuando recoge las apuestas ganadas. Sólo que allí lo que recoge son pedazos de una derrota. Cuando está a punto de empezar a vaciarlas en el bolso, la mujer que atiende a los clientes acciona el ventilador a pedido de un señor gordo que se ha quejado de sofoco, y, en un abrir y cerrar de ojos, la chica ve, incrédula, cómo cientos de papelitos levantan el vuelo como si adquirieran vida propia y quisieran regresar al lugar de donde provinieron.

**PARANOIA EN LA
AVENIDA GUAYABAL**



Paranoia en la Avenida Guayabal

TODO MARCHABA BIEN HASTA QUE AL FINAL DEL PUENTE SE LES atravesó aquel hombre. El frenazo empujó a Luis Carlos hacia adelante, haciéndole olvidar ese maldito dolor de espalda que últimamente no lo dejaba dormir. Para él la vida era como viajar en un bus y pensando en eso se agarraba con fuerza del pasamanos. En cualquier momento el carro podría cambiar de dirección o de velocidad y si no estaba pendiente caería y se rompería los dientes, como le acababa de suceder a la señora de al lado.

Siempre que el microbús ganaba el puente, Luis Carlos sentía un aletazo muy adentro del pecho, como si una parte suya quisiera volar. Por la ventanilla dejaba rodar libremente sus ojos sobre el cerro Nutibara, correteaba por entre los árboles y recorría el empinado camino de piedra, acariciando las esculturas y las dos inmensas banderas que flameaban en la cima. Los quioscos, con sus tejados de barro, se le antojaban pintorescas sombrillas chinas. Soñaba con un puente infinito para poder viajar siempre, porque viajar era descansar, liberarse. Conocía aquel puente de principio a fin y sabía que en la ciudad sólo el del metro lo superaba. Pero ignoraba que tuviese nombre y por eso, en cada viaje, se distraía buscándole uno. Un día lo bautizó "El puente que anda", pero a la semana siguiente lo llamó "El puente que vuela". Aquel lunes, poco antes de que se les atravesara aquel hombre, era "El puente que serpentea".

Al subirse al carro esa mañana sintió, como una bofetada, la estridencia del radio mal sintonizado y a volumen hiriente. "La misma chicharra —pensó Luis Carlos—, quien quiera cambiar al país tendrá que vérselas con los

choferes de servicio público". Su mente había aprendido a bloquear aquella agresión auditiva, animado por el misterioso movimiento que adquirirían las cosas cuando el auto echaba a andar. Los postes del alumbrado público marchaban hacia atrás y las esquinas pasaban veloces en sentido contrario, lo mismo las personas. Los edificios eran cajas de cartón que se hacían a un lado y las montañas hermosas mujeres adormiladas que se desperezaban sin afán. Transitar en carro por el puente lo seducía hasta envolverlo en un laberinto relajante. Luego de la cita médica, con la cual buscaba remediar su dolor de espalda, Luis Carlos tomó el microbús de Itagüí-Yarumito en la avenida Oriental. Eran las nueve de la mañana y el aire olía a semana nueva. El sol ya había roto la densa cortina de nubes y se asomaba tímidamente sobre las montañas de Santa Elena. La segunda silla de la derecha, junto a la ventanilla, estaba vacía, y sin dudarlo se acomodó en ella. En el parabrisas se veían varias calcomanías obscenas y del retrovisor colgaba una camándula con un crucifijo blanquizco. Contó siete pasajeros. A los pocos segundos el chofer encendió el motor y arrancó. Un tramo lento de la avenida Oriental pasó por la ventanilla y luego, más rápido, la avenida San Juan cruzó arrastrando consigo el Museo del Ferrocarril. La Alpujarra se deslizó enaltecida por turegas, barequeras y obreros ferroviarios.

De un tiempo para acá la película había cambiado de carrete aunque Medellín seguía siendo la protagonista. ¿Cuándo había imaginado Luis Carlos tanto puente y avenidas, gigantescos edificios y ese hormigueo de autos por doquier y aquel gentío? Nuevos actores aparecieron por la ventanilla: el Teatro Metropolitano y el Palacio de Exposiciones. Sobre la calle 40 el puente se empinaba, su puente consentido, el que anda, el que vuela, el que serpentea. Desde allí veía empequeñecerse todo, mientras crecía el vértigo de su propia película. La glorieta de la calle 33 era un tiovivo en giro incesante. Los autos eran juguetes y las

copas de los árboles se le antojaban extensas selvas. Cruzar el río Medellín reforzaba su ensoñación: veía orillas con jardines florecidos, verdes terrazas de césped, tiendas de helados, niños y ancianos sentados en los veleros multicolores atentos a sus cañas de pescar, bellas chicas en trajes deportivos asoleando sus escotes, botes de remos y balsas livianas flotando sobre el cauce recuperado. Cuando el microbús tomaba la curva mayor, el cerro se elevaba más y él podía esculcarlo mejor con sus ojos de niño renacido, entre estupefacto y experto.

Así, Luis Carlos disfrutaba los ochenta segundos de aquel tramo que lo reconfortaba. Pero ese lunes, semejante frenazo interrumpió el disfrute. Dejó de ser el piloto invencible de su imaginación, ante el abrupto empujón hacia adelante. Fue cuando la señora de al lado se rompió los dientes contra el espaldar del asiento de adelante. El microbús iba a gran velocidad cuando de pronto, al final del puente, aquel hombre con los brazos en alto agitaba la camisa como una honda y el chofer no tuvo otro remedio que pisar el freno a fondo. El crucifijo se balanceó como un péndulo lamiendo las calcomanías obscenas y la trompa del microbús se detuvo a pocos centímetros del pecho desnudo de aquel hombre alto y corpulento. La amarilla palidez de su rostro resaltaba con su bigote entrecano y se le veía el cabello brillante por la gomina.

— ¡Eh, hombre, qué es esa güevonada! ¿Por qué te atra-vesás así?

— ¡No se empute, compañero! Estoy dando la alerta por un malparidito de gorra azul y camisa roja. No lo recojás porque el hijueputa anda poniéndose de ruana esta avenida desde las seis.

— ¿Cómo así?

— Sí, allí, junto al Zoológico, me hizo señas y yo de marica le paré. Qué me iba yo a imaginar que semejante pollito tuviera espuelas. Nos amenazó con un fierro más grande que él y nos limpió a todos. Se llevó las billeteras,

documentos de identificación, a las mujeres les vació las carteras, les arrancó los aretes y los collares y hasta les tocó el culo. A mí me robó el reloj, el anillo y el dinero de los cuatro viajes que había hecho. Esa misma operación se la ha aplicado a cuatro busetas más. ¡Vos lo vieras, es todavía un niño!, pero el hijueputa carga un revólver que tiene que sostener con ambas manos y tiembla mucho, se ve muy nervioso el malparido. No le parés, seguí derecho. Recordá: tiene gorra azul y camisa roja...

—¿Ya le avisaste a la ley?

—Primero a mi gente, no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

El chofer le dio las gracias y reemprendió la marcha elevando de nuevo el volumen del radio. De ahí en adelante, todos, no hicieron más que observar con atención a cuanta persona había en la avenida, pendientes de una gorra azul y una camisa roja. La señora que iba junto al chofer dijo, mientras detenía con su mano las oscilaciones del crucifijo, que era el colmo que un jovencito estuviera en esas sinvergüencerías. “Tiene que estar desesperado”, pensó Luis Carlos. Otro pasajero señaló que seguramente se trataba de un drogadicto que recolectaba dinero para comprar basuco.

—¡Cómo para agarrarlo! —dijo el chofer, mientras enseñaba el puño.

—Nada justifica un atraco —interrumpió la misma señora— pero ¿quién pone orden?, si se les denuncia es peor porque al día siguiente los liberan y vuelven a las calles envalentonados y ahí sí mija, a esconderse.

—¡Cómo me gustaría que apareciera ya mismo! ¡Lo molería a golpes!... Cuando suba acelero para desestabilizarlo, luego cierro la puerta y freno en seco para atolondrarlo y le caemos todos encima. ¿Qué opinan?, para que no sirva el resto de su puta vida.

—¿Cómo se le ocurre pensar eso? —le reprendió la señora, al mismo tiempo que se persignaba una y otra vez como para conjurar las malas intenciones.

—Entre todos le hacemos tragar el revólver, ¿qué opinan? —Nadie respondió. Con el ceño fruncido simplemente oían pero sin quitar la vista de la avenida. Luis Carlos se imaginó al chico atrapado, asustado, sangrando después de la golpiza mientras el chofer jadeaba energúmeno. La pobre pasajera que iba junto al chofer seguramente no haría otra cosa que rezar y echarse bendiciones. La otra viajera, la de los dientes rotos, tal vez seguiría aturdida y con el pañuelo en la boca. ¿Y él, qué haría? Pensó en su dolor de espalda y en las malas noches pasadas. No servía para engavillarse así, le parecía tan ruin como lo que hacía el chico. Estaba muy bien pensar en detenerlo, pero no en golpearlo como proponía el chofer. Sus ojos se estrellaron contra los del conductor que lo miraba por el retrovisor como si escudriñara sus pensamientos. El ruido del motor luchaba contra el tedioso bochinche del radio. El chofer volvió a la carga con su morbosa propuesta hasta crear una oleada de terror que invadió el microbús. Los pasajeros miraban hacia los paraderos rogando en sus adentros para que no apareciese el joven bandido. Tenían la camisa roja y la gorra azul metida en el cerebro. El chofer disminuyó la velocidad al pasar frente al Zoológico, observando a las personas que aguardaban allí. Las miraron y remiraron más con los ojos del pavor que con los del desafío. Iba tan lenta la buse-ta que la pasajera de adelante pidió al chofer que apurara la marcha, no va y de verdad se nos aparece ese muchacho. Sí, vámonos, tenemos afán, dijo Luis Carlos pensando en su turno de la fábrica. El chofer volvió a pisar el acelerador. Más adelante, frente a la fábrica de chocolates, cuando el semáforo cambió a luz roja, un joven hizo señas. Todos lo miraron con mucha atención pero descansaron al ver que vestía camisa verde, llevaba un maletín al hombro y no tenía gorra. Parecía un obrero de la construcción. El conductor le abrió la puerta con desgano y una vez dentro del carro le preguntó, como por no dejar, que si no usaba

gorra. Algunas veces, respondió el nuevo pasajero que fue directo a la única silla disponible.

El chofer estaba cada vez más nervioso, conducía con brusquedad y no le quitaba la mirada a este último pasajero que viajaba totalmente desprevenido.

—¿Usted cree que ese atracador va a permanecer con la misma ropa todo el día? —preguntó el chofer a la señora que iba a su lado—. No, ¡qué va!, ese hijueputa se debió cambiar, son muy vivos, llevan doble camisa. ¿Qué le cuesta quitarse la gorra y botarla o guardarla en el maletín? —la viajera lo miró perpleja—. No insinúo nada todavía, pero que se atreva y verá...

El carro parecía conducido por un ebrio: bandazos a un lado y otro, pitazos de los demás carros y gritos llamándole la atención, frenazos inesperados... Cuando llegaron al Parque de Guayabal, el joven, que parecía un obrero de la construcción, se puso de pie. Todos pensaron que aquel pasajero se iba a bajar allí. Todos, menos el chofer que creyó llegada la hora del asalto y frenó de repente, haciendo chillar las ruedas sobre el pavimento. El conductor del furgón que iba detrás no esperaba tal frenazo y se estrelló contra el microbús. El crucifijo se zangoloteaba caóticamente; la señora de las bendiciones rompió el vidrio del parabrisas con la cabeza; los de atrás cayeron sobre los de adelante. De repente el chofer aceleró impulsando a los pasajeros hacia atrás en medio del griterío y la confusión. En esta maniobra perdió el control y arrolló el puesto ambulante de frutas y refrescos atropellando al anciano que lo atendía. Luego frenó y se levantó de su puesto con una varilla en la mano, arremetiendo contra el último pasajero que había abordado. Lo golpeó salvajemente. Con el dolor de espalda regado ahora por todo el cuerpo, Luis Carlos vio en realidad lo que había imaginado: un conductor enfebrecido, jadeante y pálido, sin fuerzas ya, que temblando dejaba caer la varilla ensangrentada junto a la barra de cambios... El crucifijo seguía anarquizado. La

gente se arremolinó y sobre los gritos y quejidos languidecía una canción de Darío Gómez en extraña mezcla con un vallenato barato.

EL DUERMEVELA LUMINOSO



EL duermevela luminoso

UN RUIDO EXTRAÑO ME DESPERTÓ A MEDIANOCHE. ME SENTÉ EN el borde de la cama y agucé el oído. Nada. No oía nada distinto al rum rum del ventilador. Alejandra dormía a mi lado profundamente. Me levanté y fui primero a la habitación de Ornela, nuestra hija, que dormía abrazada a Friend, su pequeño oso de peluche. Luego me dirigí a la sala, revisé la puerta que daba al balcón y la de la calle: todo estaba en orden. Me quedé quieto en mitad del salón, casi ahogando el trote de mi respiración. El paso de la sangre por mis venas sonaba sordo y persistente. Algo me decía que existía cierto ruido, como de arañazos sistemáticos, similar a cuando se pasa la uña varias veces por una hoja de papel o por una tela. Pero el sonido era muy leve, tan leve que me hacía dudar. Apresté los sentidos al máximo concentrándolos en mis oídos. Sí, ese ras ras ras existía, pero más que escucharlo con los oídos, lo asimilaba con mis presentimientos, con mi espíritu. Fui a la cocina muy despacio, midiendo en cada paso todos los terrores vividos hasta entonces y volviéndolos a sentir acabalgados a mi espalda. Hasta la fresca suavidad de la baldosa en mis pies desnudos me sobresaltaba. Abrí la puerta de la cocina con tal lentitud que más parecía querer mantenerla cerrada. Pensé que encontraría en el armario a algún gato lamiéndose los bigotes untados de leche o devorando uno de los pescados de la sarta que teníamos pendiente del techo. Pero en la cocina no había nada extraño. Entonces, tembloroso, salí al patio esperando lo peor, desafié las densas nubes del pedazo de cielo que nos correspondía y esculqué las más recónditas sombras de los rincones.

Tampoco encontré nada que fuese la causa de mi inquietud. Más intrigado aún, crucé la sala hasta el corredor remirándolo todo. Busqué en el baño, detrás de las cortinas, en la claraboya... Por último, cuando creía que ya todo estaba mirado, caí en la cuenta de que todavía no había buscado en el estudio. Me sorprendía el hecho de no haber revisado allí antes que en cualquier otro sitio, dado que el estudio quedaba al frente de mi alcoba. Este descuido agitó de nuevo mi respiración e hizo que mis sentidos se alertaran aún más en mis oídos. Algo cayó al suelo en el estudio y ese golpe inesperado entró en mí como una escalofriante duda: ¿sigo o no sigo?... Invasión por una emoción desconocida, sentía el torrente de mi sangre corriendo más veloz por las venas y a mi corazón retumbando como un tambor africano. Un ladrón, pensé. Una rata, pensé. El viento en la ventana, pensé. No, no debe ser nada, me dije, y como si fuese a lanzarme a un abismo, entré al estudio.

Vincent estaba en el centro mismo del lugar con su caballete y un reguero de pinturas de mil colores salpicaba el piso y las paredes y su cabello y su ropa y su cara y el aire... Me miró un poco sorprendido, como un niño apenado de haber chorreado el recinto, pero prosiguió deslizando su pincel sobre el tragal. Había pintado en la ventana un sol amarillo bordeado de rojo, deslumbrante, que envolvía a Vincent en una mancha refulgente. Afuera era medianoche, pero Vincent trabajaba en un mediodía creado por él mismo. Yo alcancé a ver el lienzo con su corazón hinchado de sol entre los trigales. Vincent se puso su sombrero de paja, como un campesino boyacense, pero antes me dijo adiós con él, dándome a entender que quería seguir pintando sin testigos y regresé a mi cama con la sensación de estar dormido ya.

Al día siguiente muy temprano, cuando volví al estudio, todo parecía pulcro, limpio, impecable. Percibía apenas un sutil olor a trementina. Pero al abrir la ventana

para airear el lugar, descubrí que una diminuta mancha amarilla bordeada de rojo que se hallaba en el vidrio, rodaba como un disco de fuego y caía al piso iluminándolo todo.

**HAY UN SOLITARIO
EN MI ESCRITORIO**



Hay un solitario en mi escritorio

CUANDO ENTRÉ AL ESTUDIO VI A KAFKA SENTADO EN MI ESCRITORIO. Supe que era él desde el primer instante por la forma de sus orejas. Levantó su rostro iluminado por la lámpara y me miró. De sus ojos salió un torrente turbio, cansado, como si hubiera recorrido mil laberintos previos, misteriosos y profundos. Yo le dije buenos días y él tan sólo levantó su mano izquierda. Con la derecha siguió escribiendo. Entendí con aquel saludo que quería continuar solitario y entonces entré silencioso y saqué mi libreta de apuntes pues necesitaba revisar ciertas anotaciones. Kafka no se inmutó, siguió en su propio delirio. Utilizaba mi estilográfica y gastaba mis hojas. Trabajaba sin interrupción. No tuve necesidad de pedir a mi pequeña hija Antonieta que guardara silencio ya que, cuando llegué, ella fue quien me hizo señas con el índice en los labios y siguió peinando a su muñeca de trapo en el balcón. El televisor, encendido todos los días a esa hora por nuestra empleada del servicio, estaba apagado. El silencio era tal que podía oír el rasgueo de la pluma sobre el papel. Me senté en la mesa del comedor con la intención de revisar mis anotaciones, pero la idea de tener a Franz en mi estudio me agitaba y no podía concentrarme. Sentí necesidad de echar un vistazo para comprobar la presencia del hijo de Praga en mi apartamento, pero algo me decía allá, bien adentro, en mis propios laberintos subcutáneos e inmateriales, que no debía molestar al maestro. Pensé que si me quedaba en el comedor podría saludarlo cuando se marchara y quizás pudiera aprender algo más de su obra. Aunque no sabría cómo empezar la conversación confiaba en que algo se me ocu-

rriría: bien fuese tocándole el delicado tema de Milena o las malas noticias de Gregorio que tanto le inquietaban. Esperé mucho rato, horas, días, meses, años... Pero Kafka nunca se marchó.

CONVERSACIÓN
CON UN RETRATO



Conversación con un retrato

LE DIJERON QUE DEBÍA ESCRIBIR UNA COMPOSICIÓN SOBRE UN retrato. Pero no cualquier retrato, sino aquel que el azar les deparara de varios que la profesora había llevado a la clase. Esa forma de selección le impregnaba mayor atracción al ejercicio. Hubo varias propuestas pero escogieron aquella en la que todos los retratos fueron colocados en una caja y cada estudiante, con los ojos vendados, sacaba uno.

Argemiro metió la mano y palpó los bordes y las formas cuadradas y, acosado por un pálpito a la vez que miraba a la profesora, extrajo el que estaba en el fondo de la caja y lo guardó en su cuaderno sin mirarlo ni dejarlo ver de nadie. Fue el único que no quiso mirarlo allí mismo. Supo que había niños, ancianos, mujeres trabajando en los quehaceres domésticos y un payaso. También vio un burócrata encorbatado de piel vidriosa, sin sol.

Al llegar a casa saludó a su madre como lo hacía todos los días y luego descargó sus libros en la mesa de siempre, después se dio un duchazo y pasó a la mesa donde estaba servida la comida. Su madre encendió el televisor como de costumbre y se sentó también a comer. Muy poco conversaban, pero a su modo compartían la vida y se entendían sin tantas palabras. Después del noticiero, Argemiro se retiró a dormir. No bien hubo apagado la lámpara cuando se acordó del ejercicio y no tuvo más remedio que levantarse a mirar el retrato que por suerte le había tocado.

Era una mujer madura, como la profesora. De unos cuarenta años bien formados. Rostro redondo, labios carnosos y ojos pequeños. Sus mejillas eran una provocación.

Lo miraba fijamente, sin parpadear. Sonrisa leve, reprimida ante la cámara. El retrato, a blanco y negro, no tenía ningún dato. Quizás porque el torso estaba ligeramente volteado a la derecha, Argemiro la supuso sentada en la escalera mirando los atardeceres. Se la imaginó embobaba dejándose ir por entre las cortinas, por entre los vidrios, por entre las ramas, buscando esa bola de fuego que se hundía en el mar.

Detrás de esta imagen le llegaron otras, como en una secuencia cinematográfica. Nunca he podido hablarte, empezó a escribir en su cuaderno de tareas. Yo sé que existes en realidad, a diario te veo. Con estas palabras intentaré acercarme esta noche... Hoy ha llovido en forma pertinaz y ha caído una gotera en la sala.

Quizá no seas un retrato. Quizá lo imaginado flota o se alimenta de un recuerdo labrado y pulido por la suavidad de una mano que escribe en el tablero. O quizá (¿por qué no?) la realidad, tu realidad que hoy brota aparte de mi albedrío, sea tan sorprendente que se confunde con lo imaginado.

En los soles que giran a tu alrededor, apareces en esta mera fotografía retratada en diversos momentos de tu vida. Llegas vestida con tu traje largo aguamarina que te hace ver elegante. Luego, en otro sol, te veo de sudadera azul y blusa blanca, de gimnasia. Un poco más adelante, cerca a un kiosco de flores secas, llevas un vestido rojo. En un tercer sol, radiante como el que salió ayer aquí después de la lluvia, apareces en la reunión del centro literario otra vez de aguamarina, fresca y limpia como el cielo limpio. En un chasquido de dedos te cambias ese vestido por otro más rojo y luego por uno violeta... Sopla el viento, lo sé por tu cabello.

Debo entrar al Centro de Historia Celeste para averiguar algo relacionado con la transmutación de tiempos. Quiero saber cómo haces para estar en un lugar y, luego, en el instante siguiente, en otro. Estás allí, sentada frente

a un libro de hojas grandes, como se supone que fueron los del Medioevo. Escribes. Sólo escucho el rasgueo de tu pluma sobre el papel amarillento y algo de mi respiración, respiración de muchacho asombrado, más bien palpito que respiro. Te levantas súbitamente, sales jadeante, te diriges a la multitud, tu índice apunta hacia el sol y miles de soldados de los libros vibran con tu voz y salen dispuestos a corregir los yerros de la Historia.

A veces no sé qué pensar. ¿Será superior la lectura o la escritura? Sólo me tranquilizaré cuando las vea a ambas ligadas. Hoy se me ha dado por pensar en este asunto. Quizás sea el cúmulo de trabajo cada vez mayor lo que me pone en la órbita de las comprobaciones. Por mi parte me juego la vida en cada sueño. En cada tentativa. Y eres la primera a quien se lo digo. Aprovecho que no hay testigos.

De alguna manera te leo aunque no me escribas. Y te escribo aunque no me leas. Leer tus ojos. Leerte las manos y el cabello, aprender a leer los tonos de tu sombra diaria... Leerte en las curvaturas de las montañas y en los cauces de los ríos. Leerte en los muros de la ciudad y en el bochinche de los recreos, no importa, pero leerte.

Ahora mismo el viento pronuncia tu nombre. Ayer me enteré que la tarde hace lo mismo, como jornada tibia de sol cayendo.

Creo verte en el Espiral, con sus laberintos acortinados, habitaciones penumbrosas unidas por un halo extraño. Infinitas puertas de infinitas cerraduras e infinitos umbrales. Es una taberna con un rincón universal que me permitía ver el discurrir del mundo exterior de la calle y a la vez permanecer oculto tras el enrejado de la ventana. Las mesas, todas, eran circulares cubiertas con manteles de cuadritos amarillos, negros y rojos. El sol copiaba el color de tu cabello. Vi pasar una fila de recuerdos, como si tuvieses muchos ojos, hechiceros, brillantes, capaces de mirar mis pensamientos. Con tus-mis palabras quiero armar una película. Colocar cada frase en la estructura de

la memoria y así ver el trajín de tu tiempo, tu respiro y tu jadeo, que no son lo mismo. Habrá fatigas y sinsabores, alegrías y dichas, soles y noches...

La gente pasa frente a la ventana pero nosotros no vemos a nadie. Sólo nos miramos a los ojos. Sabor agri-dulce en mis labios. Temperatura ideal en mis manos. Invicta. Sí, permaneces invicta. Diariamente invicta.

De vez en cuando pasa un auto y el viento arrastra las hojas secas de los árboles y los papeles que los niños de primaria han arrojado al piso... Por esta ventana pasa la tarde y nosotros, sentados en un rincón, probamos una conversación y vemos cómo transcurre el tiempo. Nos sentimos cercanos. Acaso esa sea la definición de tiempo. Te siento cercana y amiga y cómplice... Has aceptado ser mi compinche en esto de la libertad y te lo agradezco. Suena una música y nos miramos y mi mano sedienta recorre la tuya, también sedienta, y tus labios entran en los míos y los míos en los tuyos y nos abrazamos más allá del abrazo. Imagino tu voz distinta a la de la clase. Un maravilloso coro de vientos susurrantes...

Sigo escribiéndote. No hace mucho cesó un aguacero huracanado que mojó las paredes. El agua chorreó por los tejados y las águilas de cuarzo soltaron su música animadas por la ventisca que se coló por las celosías. Quisiera saber si presentes estas letras. ¿Crees que existe algún hilo invisible que nos comunica, sin medir distancias ni tiempos?

Cierto día, durante un ciclo de conferencias en el Planetario, imaginé tu incertidumbre callada. La supe por el vacío que experimenté más allá de las estrellas y los agujeros negros. Percibí tu presencia en las galaxias, abismal fresca que inquieta... En las tareas siempre aprendemos más después de haberlas hecho.

Yo no sé cuántas veces le he escrito a usted (no quiero tutearla), para las más diversas y sencillas cosas; pero jamás pensé que le escribiría para confesarle mi posibilidad

de odiarla. Sí, odiarla. Nunca pensé que pudiera despertarse en mí ese torbellino tenaz y profundo. Un solo detonante, pequeño pero penetrante, como un puñal, bastó para que se revolviera mi cuerpo y mi alma. Se me vino como una parca hinchada. Su imagen se alargó y se achicó; se agrandó y se oscureció hasta hacerse delgada como un hilo de filigrana y se puntualizó como un tiro al blanco apoderándose de mí la idea de odiarla. Casi todo el marco de mi pensamiento disponible fue ocupado por esa pesadilla y hasta se agigantó su presencia pero como una tenebrosa aplanadora, letal y ausente de todo calor. Después de tres horas usted se atravesó en mí como una espina, empujando el desasosiego hasta llevarme a enlodar esta nota con mi odio represado. Pero no se preocupe, es sólo una idea, no un sentimiento.

El tiempo pasa. Sigue pasando y es un magnífico decantador. Ya casi es medianoche. Poco a poco la película se ha ido desbordando a sí misma, debilitando los principales soportes que me colocaron en el puente hacia el odio. Ese ambiente está estrellándose contra el escudo férreo de horas, de días imaginados. Amistad y contrapunteos, cercanía forjada en lejanías cotidianas, todo peligra.

Haberle escrito con la sinceridad cruda y la incoherencia liberadora con que lo estoy haciendo me ha servido mucho. No sé a usted, ahora tan llena de misterios. Ya pude pasar mis ojos sobre su blancura sin experimentar temor ni dolor. Al contrario, redescubriéndola. Usted: ¿cómo está? ¿Puede soportar mi carga y mi descarga? No puedo aceptar lo que me dice con sus ojos: que usted sólo es capaz de autoridad.

Déjeme decirle, para terminar (encantado por su rostro imagino su aliento, supongo el suave mundo de su cuerpo y la delicia encantadora de sus labios; la profunda y hermosa galaxia de su vientre y.. todo el universo de su piel que deseo con toda mi imaginación), que estoy dispuesto a la lucha. Sepa, aunque ignoro cuál será su actitud conmi-

go de ahora en adelante, que hoy he empezado la batalla. La buscaré. Usted me es indispensable. Mi adolescencia es un abismo sin usted. Mi "herida" es una cicatriz vacía que testimonia la turbulencia que usted me despierta. Redescubro nuevas y tenaces posibilidades.

¿Me tutea con la sonrisa? Está bien: haces reír al mundo. Con tu frescura renacen los sauces secos. Con tu paz danzan las nubes reprimidas... Veo tu barca despuntar en la niebla, buscando el faro, apagado a esta hora. El sol ha bailoteado también por estos días, sentía el zumbido de sus rayos como si caminaras descalza y tu sombra cruciera sobre la cambiante superficie del mar. El brillo de las olas nos llega no sólo por la luz, sino también por la opacidad. Tienes cara de Irene. Aunque podrías ser Mariana, Mónica, María o Petra... Pero Irene es un hermoso nombre de batalla. Como de velero invicto. Nombre que todos los días me pone nervioso. Es un grito de ternura. Quiero gritarlo desde una cumbre o desde el borde de un abismo, desde la copa del árbol más alto que haya en el colegio o desde el extremo de un mástil solitario en altamar... Irene es tentación de verdad.

Sí, eres una necesidad urgente... Hoy quiero que sea tu cumpleaños. Debe serlo.

Creo que tienes una forma especial de nombrar las angustias y los pormenores... Aun sin estar has estado. Lo digo por el viento, mejor dicho por las olas que son lo mismo, sólo que el viento es oleaje de aire y las olas son vientos de agua...

Tu crecimiento me duele pero también me anima. Llevas un vestido liviano que se agita con el aire. Estoy parado en el puerto esperándote. Te vi desde que apareciste como un puntito blanco. Es una forma muy tuya de sabiduría. Todos los del curso corremos a saludarte, a abrazarte. Vienes bella de tempestades y derivas. Yo corro también hacia ti, mis pies no quieren quedarse quietos en el puerto.

Imagino que aquellas montañas son tu cuerpo ondulante. Como si esos valles recrearan la suave extensión de tu espalda... Con el cambio de temperatura se atizan las sensaciones y me invade esa cercanía de tu cuerpo y tu respiración. Ese mullido piso de nubes blancas me hace suponer que tienes una blusa blanca, escotada, que usas solamente los sábados. El azul del cielo se me antoja una falda que vistes también los sábados y que me enseña la redondez firme de tus muslos. Tienes zapatos negros, aunque podrías también ir descalza. El amanecer frío me sugiere que te veré con un vestido negro, de dos piezas. Una minifalda ajustada, que me enseña esa curvatura cautivante. Tu nuca se ve más blanca porque tienes recogido el cabello. Se adivina una blusa crema y un prendedor en forma de orquídea que adorna la solapa izquierda. Al caminar suenan tus tacones... No puedo concentrarme en la lección que nos enseñas.

Son mis notas de este viaje, Irene. Salpicaduras, briznas de esa poderosa energía que me insuflas. Cada susurro tuyo, cada mirada cómplice, cada roce imaginado de las manos untadas de tiza..., cada abrazo volcánico, imaginado también, hacen parte de este viaje, este torbellino que me inmortaliza.

Pero Irene es una pensadora empedernida. Me lo dice tu frente. Ahora te sé escritora. Me lees un párrafo de tu novela, le sacas fotocopias y lo guardas en un disco para el computador y me dices "léelo, me veo retratada en estas palabras". ¿Y para qué he de leerlo?, te pregunto asustado. "Para saber si tú también me ves allí". El retrato afirma que escribió: "Tengo sed de comunicación emocional profunda, aunque la verdad es que siento pánico de muchas cosas... Tengo miedo de no estar a la altura de ciertos retos... aunque en clases me muestre segura". Es un escrito largo. Misteriosamente, al final creo leer: "Te pido por lo que más quieras, que me mires sin prevenciones, pues mi propósito no es mortificarte. Me mueve una fuerza

tremenda, algo que no puedo detener. Siento que si no te hablo me voy a reventar". Pero no hablas.

No tengo paz, tu imagen palpita en mi mente con más fuerza a cada instante. Escribirte no es nada fácil, casi siento que es doloroso. Pero nunca una terrible incertidumbre me había embargado tanto como en esta tarea y me entristece pensar que tu voz pueda sonar fría mañana, como una puñalada, sin ningún asomo de consideración por la eternidad de esta tarea vivida.

Cuando te digo que no tengo paz, lo hago movido por la realidad imaginada de todo cuanto has entrado en mí, en las profundidades de mi noche. No tengo muchas certezas para el futuro, pero sé de una: la profesora se reirá de mí, que es como si se riera de ti que es ella. Y eso no lo voy a tolerar. Eres tanta esencialidad (¿puedo decirlo así?), me has enseñado tanto, aun con este silencio que carcome.

Siento un deseo ferviente de verte alegre, aunque sospecho que todo este torrente inesperado te afectará tanto, que ya me parece ver una línea en tu frente... No te enfades, retrato, mejor vámonos a dormir. Sí, a dormir. Porque mañana debo hacerte respetar de la clase. Sobre todo de la profesora misma, que se sentirá confundida de saberse en ti. Ahora pienso que lo mejor hubiera sido que me correspondiera otro retrato y no el de ella, precisamente el de ella...

ELLA VA...



Ella va...

ELLA VA, TRISTE Y VACÍA, SINTIÉNDOSE MUJER ÁRABE QUE SUEÑA con un príncipe moro. Esquiva así lo desagradable de haberse mudado a un piso sin amoblar, más barato pero desolado. En el apartamento donde antes vivía contaba con excelentes muebles. En cambio, en el de ahora, ni una butaca. Era el colmo del abandono: los cables de los bombillos sueltos, sin instalar, las cañerías obstruidas, los vidrios rotos y telarañas por todas partes. Pero no se iba a dejar vencer. Peores situaciones había capoteado. Se autoanimaba con la esperanza de que sus amigos le regalarían algunas cosas necesarias. Ya no tenía dinero en su cuenta y no esperaba que sus hijos le enviaran nada. ¿Cuánto hacía que se había separado?, por lo menos quince años. El cuento es largo, como la soledad más sola, y el desarraigo más violento. Echó de menos su antigua casa en Colombia. Ya todas sus pertenencias las había regalado o repartido. Mal repartidas muchas de ellas, porque no tuvo casi tiempo. La salida del país fue a las volandas, antes de que la secuestraran. Su apartamento permanecía vacío, porque ni siquiera su hija Claudia podía habitarlo, por seguridad y lo costoso de los servicios de electricidad y agua y los impuestos. Cuando estuvo de visita en Colombia, dos años atrás, experimentó la triste ambigüedad de estar y no estar. Pero eso no era nada, ahora la corroía la sensación de vacío, de vaguedad, de no pertenencia. Pensaba en tantos años que había quemado trabajando para conseguir las cosas y ahora no tenía nada. En cuestión de segundos había comprendido que justamente esa había sido la constante de su vida: primero fue con su padre,

que aunque hermoso para ella, jamás les compró una casa, pero en cambio, a la amante que tenía en Pereira, sí. Luego fue su lucha con Aristides, su primero y único esposo, con la casa que tenían cerca del parque de El Poblado, una hermosa y amplia casa, con balcones y patio interior con jardín, y el muy cabrón cada que podía le restregaba: esta es mi casa, abusando, puesto que en la escritura de propiedad figuraba sólo a nombre de él, y en una furrusquera la sacó un día, a las cinco de la mañana, en pijama, a la calle. La historia se repitió después con el nuevo apartamento de más arriba, cerca de la Transversal Inferior, cuando ella tenía una situación económica mucho mejor que la de él, pues era la gerente de la empresa y el apartamento lo había pagado ella, porque ese pen-dejo de Aristides se había gorreado toda la plata de la venta de la casa. Pero eso sí, cuando se separaron no hubo Dios posible para que accediera a dejárselo a los niños. Al contrario, le decía cómprame mi parte, pero eso sí: plata en rama.

Recordando todas esas pesadillas ella va sola por la calle, cargando la sensación de vaguedad. De pronto se dice: hija, usted que está aprendiendo el desapego, trabaje ese punto material llamado casa. Entienda que la casa que necesita es aquella donde reinen la armonía, la paz, donde pueda ver el cielo azul lleno de estrellas y tener sus plantas sembradas por ella misma, verlas florecer en primavera. Por ahora, lo único que añora es una camita y ojalá una mesita y un par de sillas... En días pasados había comprado dos ollas y un amigo le había arreglado un chéchere de estufa y le prometió un hermoso armario que a él, a su vez, le habían regalado. El viejo equipito de sonido, que también le regalaron unos estudiantes de la Universidad de Madrid, aún lo tenía en el suelo. Bueno, pero ya había instalado un bombillo ella misma. Los libros, aún no sabía cómo colocarlos, ni dónde. Todavía los tenía en una caja de cartón.

Ella va, sin prisa y sin pausa, construyendo en su ilusión su propio rincón de exilio: sus inciensos de la India, sus velas de colores, una bañera reconstruida en la cual viajará con agua de rosas o de romero o de canela, o de azahares, según vaya caminando y robándose las plantitas con disimulo en los jardines. Así que pasándola mal, ella, lentamente, ha ido asimilando su nueva derrota, y cada vez entiende que la riqueza no son las carajiñas materiales por las cuales luchó toda la vida, para quedar ahora así, sin nada. Pero esa derrota le ha abierto los ojos: no hay nada más valioso que la solidaridad de los amigos, la generosidad de los amantes, el privilegio de respirar algo tan vital como el aire limpio por el cual no tiene que pagar nada. Agrégale a todo aquello la delicia de tener el derecho a recorrer las calles a cualquier hora, sin miedo a un atraco o al secuestro, y sentir la mezcla de aromas de las diferentes flores.

Ya no le duele la cabeza tanto, ni le han vuelto a dar esas gripas que la tiraban a la cama. Esa maldita migraña. Su enfermedad ahora es otra: una nueva patria. A veces se siente de quince y otras de ochenta. Qué bueno es llegar a un espacio donde tú eres tú y tus cosas. A sus plantas les hablará todos los días. En las macetas cultivará pensamientos, violetas, geranios, un anturio rojo, precioso, al cual aprenderá a controlarle la temperatura constante de quince grados. Les contará sus cuitas y ellas le escucharán... "Serán mi país".

Hoy quiere regalar el hermoso cielo azul que la acompaña y las más de mil rosas florecidas en rojos, rosados, amarillos, blancos, morados y todas esas mezclas que recorre después de haber salido de su apartamento sin amoblar. Ella va, ya no tan triste ni tan vacía, vestida en forma casi simple, como ya no lo puede hacer en su ciudad natal: pantalón blanco, ancho, camisa amarfilada, zapatos de tela color aceituna y un pequeño pañolón color zapote. Le gusta andar sin brasier, ese zangoloteo la hace vibrar y

sentirse libre. A veces, inclusive, no se pone calzones, pero hoy lleva puesta una diminuta prenda, porque tiene una cita especial por primera vez en cinco años...

Ella va, alegre y liviana, nerviosa como una adolescente, lejos de su patria, buscándose a sí misma, soñándose princesa ataviada de siete velos y sedas y muselinas... con las que espera embrujar a su príncipe moro.

EL VIEJO



El viejo

EL VIEJO NO HA VUELTO A SALIR. DE UNOS DÍAS PARA ACÁ NO LO he visto. Algo debió sucederle porque siempre salía a esta hora. Aunque amaneciera lloviendo él salía puntual como un reloj. Abridado con una bufanda alrededor del cuello y un saco de lana. Cuando yo pasaba hacia el campo de baloncesto a realizar mis ejercicios terapéuticos él ya estaba caminando alrededor del estacionamiento. A paso sostenido ejercitaba sus piernas y extendía los brazos mientras aspiraba el aire con verdadera pasión. Yo seguía de largo hacia lo mío, animado por su presencia. Le veía esos deseos de vivir e imaginaba su alegría al levantarse cada mañana. Admiraba esa tenacidad con que llenaba sus pulmones. Era como si el aire mañanero fuera el único que le sirviera para mantenerse de pie el resto del día. Imaginaba su sangre circulando poderosa, a pesar de su edad, por esas venas añejas pero obedientes. Respetaba esa necesaria conciencia de mantener funcionando el corazón a toda costa, esa necesidad de sentirse vigente sobre la faz de la tierra.

Pero hace ya varios días que no sale. Esta mañana no lo vi. Ni ayer, ni tampoco antier. Algo le ha sucedido. La última vez que lo vi fue el jueves de la semana pasada. Lo recuerdo muy bien porque ese día inicié mi nueva sesión de ejercicios. Sí, además esa mañana descubrí a dos pájaros de plumaje amarillo que construían un nido dentro del portalámpara del alumbrado público. Volaban sin descanso, elevándose en forma vertical hasta el interior del portalámpara, cuyo bombillo de sodio resplandecía todavía. Aún quedaban hilachas de sombras y los primeros atrevimientos del día iban llenando esos vacíos que dejaba la

noche. El aire fresco se movía como columpiándose y yo atrapaba bocanadas enteras en mis pulmones. Arriba, sobre las montañas de Santa Elena, se veía, no la conciliación entre los elementos, sino la lucha entre el día y la noche. Mientras yo realizaba mis flexiones para fortalecer la rodilla izquierda que sufrió un desgarramiento, veía el intenso ajeteo de los pájaros construyendo su nido.

Aquella fue la última vez que vi al anciano. Acostumbraba hacer su recorrido alrededor del estacionamiento. Inclusive un día quise establecer conversación con él para preguntarle por qué caminaba sobre el perímetro del estacionamiento a riesgo de ser atropellado y respirando el humo de los carros que a esa hora encendían motores. Pero era un hombre hermético y no respondió ni siquiera a mis "buenos días". No sé. Quizás era sordo, pero veía y podía distinguir mi deferencia a pesar de los gruesos anteojos que usaba. Nunca le vi tropezarse, aunque sus pasos eran lentos, como si sus zapatos o sus pies fuesen de hierro.

Recorro con mis ojos el estacionamiento y sus alrededores con la esperanza de volver a verlo. Pero nada. Sigo hacia el campo abierto, lejos del humo y del ruido, sintiendo el peso de su ausencia y pensando si estará enfermo. Si se debatirá en una lucha definitiva. Si está postrado en un lecho me gustaría visitarlo, pero no sé dónde vive. Le he preguntado a otro anciano que usa gorra de beisbolista y que de vez en cuando sale a caminar, pero él tampoco sabe nada. Hablé con las rezanderas del grupo de oración, que mañanean a correr rosario, pero no dan razón. Lo único que hicieron fue persignarse y mover sus labios resecos, como si murmuraran letanías. Los vigilantes del estacionamiento no supieron de quién les hablaba. Me preguntaron que cuál era el carro del viejo, que talvez con ese dato podrían averiguar algo, dándome a entender que si no tenía auto era como si no existiese.

Estos días han sido de mucha lluvia y quizás el viejo se resfrió. Es posible que a esta hora se halle tosiendo y con

fiebre. ¿Cuál sería su profesión de joven? ¿Con quién vivirá? ¿Lo visitaría el médico, o no alcanzaría a llamarlo? ¿Habría muerto? Preguntas y preguntas que me asaltan sin proponérmelo mientras troto alrededor del campo. A veces pierdo la cuenta de mis ejercicios por estar pensando en él. ¿Cómo puede un ser humano dejar de moverse así, de un momento a otro, desaparecer sin más? Y lo peor: ¿que nadie dé razón de él?, ¿que nadie lo eche de menos?

No sé su nombre. Ni lo imagino. A veces lo comparo con mi padre pero no le hallo parecido. Mi padre es un hombre alegre, conversador, muy sociable. En su rostro vibra la delicia de vivir. En cambio el viejo del estacionamiento no habla y tiene cara de sufrimiento, pero también de luchador. En eso sí se parece a mi padre. Puede que su nombre sea Pablo o Eduardo. No sé cómo un rostro o un cuerpo puedan revelar un nombre.

Ahora que lo recuerdo, hace como un mes lo vi cruzando la plazoleta. Iba caminando de afán. Llevaba una bolsa de papel. Supongo que con panes. Entonces yo todavía no estaba con la inquietud de hoy. Debí ser porque lo veía con frecuencia. Pero ahora que no lo veo descubro su existencia. Me doy cuenta de que no supe vivirlo. No tuve la paciencia para llegar a su paciencia.

Si pudiera saber qué le pasa. ¿Por qué no ha vuelto a salir en las mañanas? Mi rodilla va mejorando. Los pájaros hicieron su nido pero no los he vuelto a ver tampoco. Camino y camino, troto y me detengo... Siento que el viejo me hace falta. Todo se ve muy solo en el barrio. El estacionamiento lleno de carros me parece desolado y triste. El viejo no ha vuelto a salir. Esta mañana no lo vi... Alguien tose. Lo oigo. Puede ser él. No lo sé. Quizás por eso no ha salido...